Catálogo digital

Literatura infantil y juvenil

2021

Letras clásicas

MÉNDEZ CORTÉS

MC

EDITORES

Nuestro compromiso es con la educación

CONTENIDO

Edgar Allan Poe,
Antología de cuentos 5

El príncipe feliz y otros cuentos 25

Las aventuras de Sherlock Holmes 45

Julio Verne,
Viaje al centro de la Tierra 65

Antología de cuentos

Edgar Allan Poe es mundialmente conocido como el autor que revolucionó el género del cuento con sus historias de terror. Sus cuentos son tan excepcionales que, además de sus fieles fanáticos, muchos lectores se han fascinado por la maestría de su literatura.

E. A. Poe siempre quizo ser considerado como poeta, pero logra su fama a partir de relatos que publica inicialmente en periódicos y revistas, que después formaron parte de antologías como la que ahora tiene en sus manos. Estamos seguros que los cuentos de Edgar Allan Poe le sorprenderán de muchas formas y disfrutará enormemente su lectura.

MÉNDEZ CORTÉS MC EDITORES

www.mc-editores.com.mx

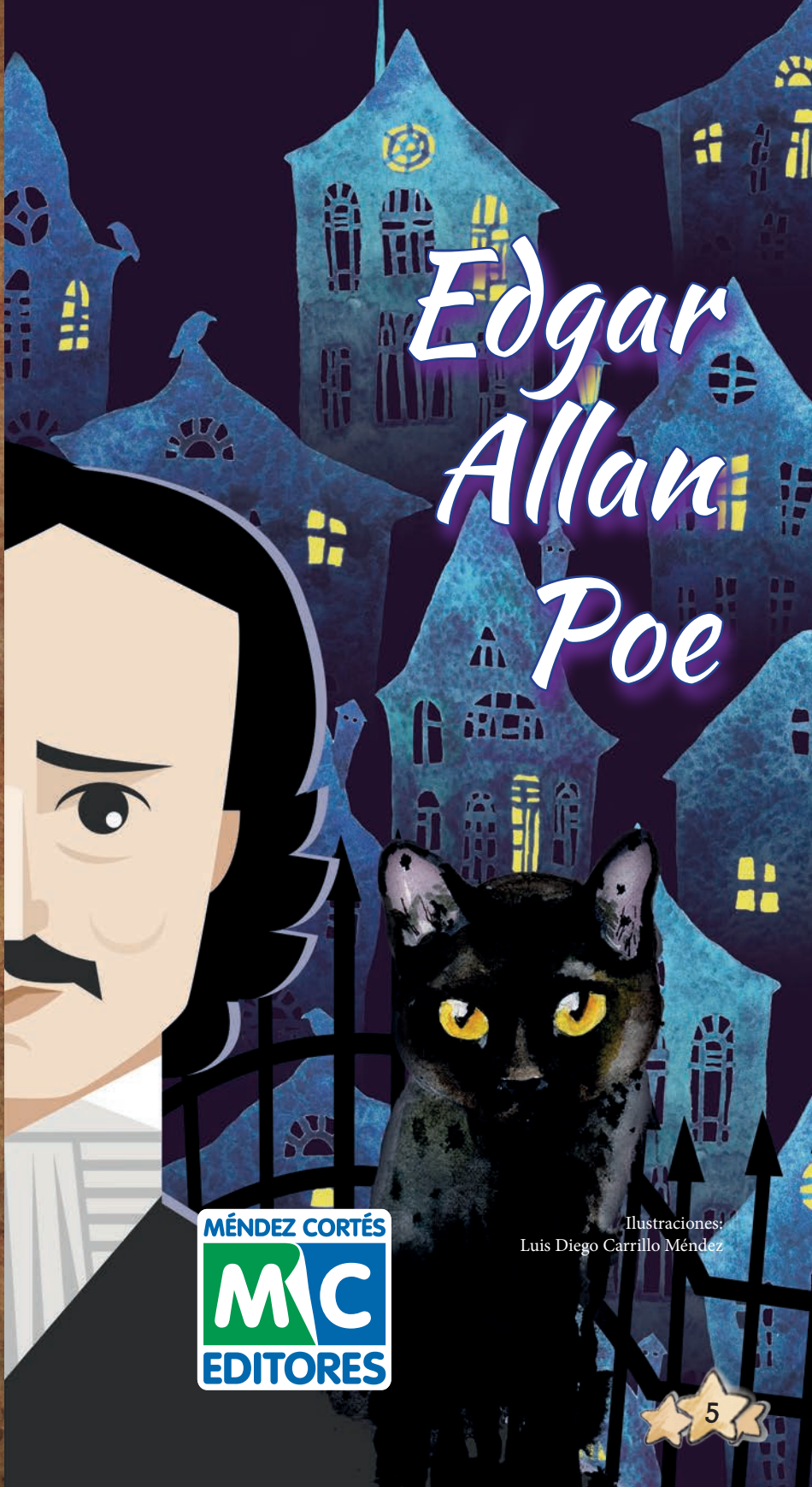
ISBN 978-607-8453-59-7

9 786078 453597

Letras clásicas

Antología de cuentos

Edgar Allan Poe



Ilustraciones:
Luis Diego Carrillo Méndez

MÉNDEZ CORTÉS
MC
EDITORES

5

Edgar Allan Poe (19 de enero de 1809-7 de octubre de 1849) fue un poeta y escritor norteamericano que revolucionó la prosa a nivel mundial, principalmente por sus relatos cortos.

Su vida estuvo marcada por la tragedia desde la infancia, ya que cuando tenía nueve meses de edad, su padre abandona la familia y a los dos años queda huérfano de madre.

Publica por primera vez en 1827 un libro de poemas de forma anónima y, en 1832, su cuento "Manuscrito encontrado en una botellla" gana un concurso patrocinado por un diario de Baltimore, EE.UU.

Edgar Allan Poe se ganó su lugar en la historia de la literatura universal por sus innovaciones narrativas.

Índice

La caída de la casa Usher

El pozo y el péndulo

El gato negro

Berenice

Eleonora

El corazón delator

La máscara de la Muerte Roja

Los crímenes de la calle Morgue

El retrato oval

I

La caída de la Casa Usher

Son coeur est un luth suspendu;
Sitôt qu'on le touche, il résonne.
(De Bèranger)

Durante todo un día de otoño, triste, oscuro, silencioso, cuando las nubes se cernían bajas y pesadas en el cielo, crucé solo, a caballo, una región singularmente lúgubre del país; y, al fin, al acercarse las sombras de la noche, me encontré a la vista de la melancólica Casa Usher. No sé cómo fue, pero cuando miré por primera vez el edificio un sentimiento de insoportable tristeza invadió mi espíritu. Digo insoportable porque no lo atemperaba ninguno de esos sentimientos semiagradables por ser poéticos, con los cuales recibe el espíritu aun las más austeras imágenes naturales de lo desolado o lo terrible.

Miré el escenario que tenía delante —la casa y el sencillo paisaje del dominio, las paredes desnudas, las ventanas como ojos vacíos, los ralos y siniestros juncos, y los escasos troncos de árboles agostados— con una fuerte depresión de ánimo únicamente comparable, como sensación terrena, al despertar del fumador de opio, de la amarga caída en la existencia cotidiana, el horrible descorrerse del velo. Era una frialdad, un abatimiento, un malestar del corazón, una irremediable tristeza mental que ningún acicate de la imaginación podía desviar hacia forma alguna de lo sublime. ¿Qué era —me detuve a pensar—, qué era lo que me desalentaba al contemplar la Casa Usher? Misterio insoluble. Y yo no podía luchar con los sombríos pensamientos que se congregaban a mi alrededor mientras reflexionaba. Me vi obligado a incurrir en la insatisfactoria conclusión de que mientras hay, fuera de toda duda, combinaciones de simples objetos naturales que tienen el poder de afectarnos así, el análisis de este poder se encuentra aún entre las consideraciones

que están más allá de nuestro alcance. Era posible, reflexioné, que una disposición diferente de los elementos de la escena, de los detalles del cuadro, fuera suficiente para modificar o quizá anular su poder de impresión dolorosa. Y, procediendo de acuerdo con esta idea, empujé mi caballo a la escarpada orilla de un estanque negro y fantástico que extendía su brillo tranquilo junto a la mansión; pero con un estremecimiento aún más sobrecogedor que antes contemplé la imagen reflejada e invertida de los juncos grises, y los espectrales troncos, y las vacías ventanas como ojos.

En esa mansión de melancolía, sin embargo, planeaba pasar algunas semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis alegres compañeros de adolescencia, pero muchos años habían transcurrido desde nuestro último encuentro. Sin embargo, acababa de recibir una carta de una región distinta del país, era una carta suya, la cual, por su tono exasperadamente apremiante, no admitía otra respuesta que la presencia personal. La escritura denotaba agitación nerviosa. El autor hablaba de una enfermedad física aguda, de un desorden mental que le oprimía y de un intenso deseo de verme por ser su mejor y, en realidad, su único amigo personal, con la esperanza de lograr, gracias a la jovialidad de mi compañía, algún alivio a su mal. La manera en que se expresaba esto y mucho más, y el pedido hecho de todo corazón, no me permitieron titubear y, en consecuencia, obedecí de inmediato al que, no obstante, consideraba un requerimiento muy peculiar.

Aunque de muchachos habíamos sido camaradas íntimos, en realidad sabía poco de mi amigo, pues siempre se había mostrado excesivamente reservado. Yo sabía, sin embargo, que su antiquísima familia se había destacado desde tiempos inmemoriales por una peculiar sensibilidad de temperamento desplegada, a lo largo de muchos años, en numerosas y elevadas concepciones artísticas, y manifestada, recientemente, en repetidas obras de caridad generosas, aunque discretas, así como en una apasionada devoción a las dificultades más que a las bellezas ortodoxas y fácilmente reconocibles de la ciencia musical. Conocía también el hecho notabilísimo de que la estirpe de los Usher, siempre venerable, no había producido, en ningún periodo, una rama duradera; en otras palabras, que toda la familia se limitaba a la línea de descendencia directa y

siempre, con insignificantes y transitorias variaciones, había sido así. Esta ausencia, pensé, mientras repasaba mentalmente la perfecta concordancia que había entre el carácter de la propiedad y el que distinguía a sus habitantes, reflexionando sobre la posible influencia que la primera, a lo largo de tantos siglos, podía haber ejercido sobre los segundos. Esta ausencia, quizá, de ramas colaterales, y la consiguiente transmisión constante de padre a hijo, del patrimonio junto con el nombre, era la que, al fin, identificaba tanto a los dos, hasta el punto de fundir el título originario del dominio en el extraño y equívoco nombre de "Casa Usher", nombre que parecía incluir, entre los campesinos que lo usaban, a la familia y la mansión familiar.

He dicho que el solo efecto de mi experimento un tanto infantil —el de mirar en el estanque— había ahondado la primera y singular impresión. No cabe duda de que la conciencia del rápido crecimiento de mi superstición —pues, ¿por qué no he de darle este nombre?— servía especialmente para acelerar su crecimiento. Tal es, lo sé de antiguo, la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen como base el terror. Y debe de haber sido por esta única razón que cuando de nuevo alcé los ojos hacia la casa desde su imagen reflejada en el agua, surgió en mi mente una extraña fantasía, fantasía tan ridícula, en verdad, que sólo menciono para mostrar la vívida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación estaba tan excitada al punto de convencerme de que se cernía sobre toda la casa y el dominio una atmósfera propia de ambos y de su inmediata vecindad, una atmósfera sin afinidad con el aire del cielo, exhalada por los árboles marchitos, por los muros grises, por el estanque silencioso, un vapor pestilente y místico, opaco, pesado, apenas perceptible, de color plomizo.

Sacudiendo de mi espíritu ese que tenía que ser un sueño, examiné más de cerca el verdadero aspecto del edificio. Su rasgo dominante parecía ser una excesiva antigüedad. Grande era la decoloración producida por el tiempo. Diminutos hongos se extendían por toda la fachada, suspendidos desde el alero en una fina y enmarañada tela de araña. Pero esto nada tenía que ver con ninguna forma de destrucción. No había caído parte alguna de la mampostería, y parecía haber una extraña incongruencia entre la perfecta adaptación

de las partes y la disgregación de cada piedra. Esto me recordaba mucho la aparente integridad de ciertos maderajes que se han podrido largo tiempo en alguna cripta descuidada, sin que intervenga el soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina general, la fábrica daba pocas señales de inestabilidad. Quizá el ojo de un observador minucioso hubiera podido descubrir una fisura apenas perceptible que, extendiéndose desde el tejado del edificio, en el frente, se abría camino pared abajo, en zig-zag, hasta perderse en las sombrías aguas del estanque.

Mientras observaba estas cosas cabalgué por una breve calzada hasta la casa. Un sirviente que aguardaba tomó mi caballo, y entré en la bóveda gótica del vestíbulo. Un criado de paso furtivo me condujo desde allí, en silencio, a través de varios pasadizos oscuros e intrincados, hacia el gabinete de su amo. Mucho de lo que encontré en el camino contribuyó, no sé cómo, a avivar los vagos sentimientos de los cuales he hablado ya. Mientras los objetos que me rodeaban —los relieves de los cielorrasos, los oscuros tapices de las paredes, el ébano negro de los pisos y los fantasmagóricos trofeos heráldicos que rechinaban a mi paso— eran los mismos o eran similares a los cuales estaba acostumbrado desde la infancia, no podía aceptar lo familiar que era todo aquello, me asombraba por las insólitas fantasías que esas imágenes habituales provocaban en mí. En una de las escaleras encontré al médico de la familia. La expresión de su rostro, pensé, era una mezcla de baja astucia y de perplejidad. El criado abrió entonces una puerta y me dejó en presencia de su amo.

La habitación donde me hallaba era muy amplia y alta. Tenía ventanas largas, estrechas y puntiagudas, y a distancia tan grande del piso de roble negro, que resultaban absolutamente inaccesibles desde dentro. Débiles fulgores de luz carmesí se abrían paso a través de los cristales enrejados y servían para diferenciar con precisión los principales objetos; los ojos, sin embargo, luchaban en vano para alcanzar los ángulos más remotos del aposento en los huecos del techo abovedado y esculpido. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario era profuso, incómodo, antiguo y destartalado. Había muchos libros e instrumentos musicales en desorden, que no lograban dar ninguna

vitalidad a la escena. Sentí que respiraba una atmósfera de dolor. Un aire de dura, profunda e irremediable melancolía lo envolvía y penetraba todo.

A mi entrada, Usher se incorporó de un sofá donde estaba tendido, dejando ver lo largo que era, y me recibió con calurosa vivacidad, que mucho tenía, pensé al principio, de cordialidad excesiva, del esfuerzo obligado del hombre de mundo *ennuyé*, que significa aburrido. Pero una mirada a su semblante me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos y, durante unos instantes, mientras permanecía en silencio, lo observé con un sentimiento en parte de compasión, en parte de espanto. ¡Seguramente hombre alguno hasta entonces había cambiado tan terriblemente, en un periodo tan breve, como Roderick Usher! A duras penas pude llegar a admitir la identidad del ser exangüe que tenía ante mí con el compañero de mi adolescencia. Sin embargo, el carácter de su rostro había sido siempre notable. La tez cadavérica; los ojos, grandes, líquidos, incomparablemente luminosos; los labios, un tanto finos y muy pálidos, pero de una curva extraordinariamente hermosa; la nariz, de delicado tipo hebreo, pero de aletas más abiertas de lo habitual; el mentón, finamente modelado, revelador, en su falta de prominencia, de una falta de energía moral; los cabellos, más suaves y más finos que tela de araña; estos rasgos y el excesivo desarrollo de la región frontal constituían una fisonomía difícil de olvidar. Y ahora la simple exageración del carácter dominante de esas facciones y de su expresión habitual revelaban un cambio tan grande, que dudé de la persona con quien estaba hablando. La palidez espectral de la piel, el brillo milagroso de los ojos, por sobre todas las cosas me sobresaltaron e incluso me aterraron. El sedoso cabello, además, había crecido descuidado y, como en su desordenada textura de telaraña flotaba más que caer alrededor del rostro, me era imposible, aun haciendo un esfuerzo, relacionar su enmarañada apariencia con idea alguna de simple humanidad.

En el comportamiento de mi amigo me sorprendió encontrar incoherencia, inconsistencia, y pronto descubrí que era motivado por una serie de débiles y fútiles intentos de vencer un azoramiento habitual, una excesiva agitación nerviosa. A decir verdad, ya estaba preparado para algo de esta naturaleza, no menos por su

carta que por las reminiscencias de ciertos rasgos juveniles y por las conclusiones a las que llegué después de observar su peculiar conformación física y su temperamento. Sus gestos eran alternativamente vivaces y lentos. Su voz pasaba de una indecisión trémula (cuando su espíritu vital parecía en completo suspenso) a esa especie de concisión enérgica, esa manera de hablar abrupta, pesada, lenta, hueca; a esa pronunciación gutural, densa, equilibrada, perfectamente modulada que puede observarse en el borracho perdido o en el fumador de opio incorregible durante los periodos de mayor excitación.

Así me habló del propósito de mi visita, de su vehemente deseo de verme y del consuelo que esperaba recibir de mí. Abordó con detenimiento lo que él consideraba la naturaleza de su enfermedad. Era, dijo, un mal constitucional y familiar, y estaba desesperado por hallar su remedio; una simple afección nerviosa, añadió de inmediato, que indudablemente pasaría pronto. Se manifestaba en una multitud de sensaciones anormales. Algunas de ellas, cuando las detalló, me interesaron y me desconcertaron, aunque sin duda tuvieron importancia los términos que empleó y, en general, el estilo del relato. Padecía mucho de una agudeza mórbida de los sentidos; pues apenas soportaba los alimentos más insípidos; no podía vestir sino ropas de cierta textura; los perfumes de todas las flores le parecían opresivos; aun la luz más débil torturaba sus ojos, y sólo pocos sonidos peculiares que provenían de instrumentos de cuerda, no le inspiraban horror.

Vi que era un esclavo sometido a una suerte anormal de terror. "Moriré —dijo—, tengo que morir de esta deplorable locura. Así, así y no de otro modo me perderé. Temo los sucesos del futuro, no por sí mismos, sino por sus resultados. Me estremezco pensando en cualquier incidente, aun el más trivial, que pueda actuar sobre esta intolerable agitación. No aborrezco el peligro, a no ser por su efecto absoluto: el terror. En este desaliento, en esta lamentable condición, siento que tarde o temprano llegará el periodo en que deba abandonar vida y razón a un mismo tiempo, en alguna lucha con el siniestro fantasma: el miedo."

Conocí además por intervalos, y a través de insinuaciones interrumpidas y ambiguas, otro rasgo singular de su condición mental.

Estaba dominado por ciertas impresiones supersticiosas relativas a la casa que habitaba y de donde, durante muchos años, nunca se había aventurado a salir, supersticiones que tenían que ver con una influencia cuya supuesta energía describió en términos demasiado sombríos para repetirlos aquí; influencia que algunas peculiaridades de la simple forma y el material de la mansión familiar habían ejercido sobre su espíritu, decía, a fuerza de soportarlas durante mucho tiempo; efecto que el aspecto físico de los muros y las torrecillas grises y el oscuro estanque en el cual éstos se miraban había producido, a la larga, en la moral de su existencia.

Admitía, sin embargo, aunque con vacilación, que podía buscarse un origen más natural y más palpable de la peculiar melancolía que le afectaba: la cruel y prolongada enfermedad, la muerte inminente de una hermana muy querida, su única compañía durante muchos años, su último y único pariente sobre la tierra.

"Su muerte —decía con una amargura que nunca podré olvidar— hará de mí (de mí, el desesperado, el frágil) el último miembro del antiguo linaje de los Usher." Mientras hablaba, Lady Madeline (que así se llamaba) pasó lentamente por un lugar apartado del aposento y, sin notar mi presencia, desapareció. La miré con extremado asombro, no desprovisto de temor, y sin embargo, me es imposible explicar estos sentimientos. Una sensación de estupor me oprimió, mientras seguía con la mirada sus pasos que se alejaban. Cuando por fin una puerta se cerró tras ella, mis ojos buscaron instintiva y ansiosamente el semblante del hermano, pero éste había hundido la cara entre las manos y sólo pude percibir que una palidez mayor que la habitual se extendía en los dedos descarnados, por entre los cuales se filtraban apasionadas lágrimas.

La enfermedad de Lady Madeline había burlado durante mucho tiempo la ciencia de sus médicos. Una apatía permanente, un agotamiento paulatino y frecuentes, aunque transitorios arranques catalépticos, eran el inusual diagnóstico. Hasta entonces había soportado con firmeza la carga de su enfermedad, negándose a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a la casa, sucumbió (como me lo dijo esa noche su hermano con inexpresable agitación) a un poder aplastante y destructor, y supe que la breve visión que yo había tenido de su persona sería probablemente la última para

mí, que nunca más volvería a ver a Lady Madeline, por lo menos en vida.

En los días subsecuentes, ni Usher ni yo mencionamos su nombre, y durante este periodo me entregué a vehementes esfuerzos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintábamos y leíamos juntos; o yo escuchaba, como en un sueño, las extrañas improvisaciones de su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me introducía sin reserva en lo más recóndito de su alma, iba advirtiendo con amargura lo insustancial que resultaba todo intento de alegrar un espíritu cuya oscuridad, como una cualidad positiva e inherente, se derramaba sobre todos los objetos del universo físico y moral, en una incesante irradiación de tinieblas.

Siempre tendré presente el recuerdo de las muchas horas solemnes que pasé a solas con el dueño de la Casa Usher. Sin embargo, fracasaría en todo intento de dar una idea sobre el carácter preciso de los estudios o las ocupaciones a los cuales me inducía o cuyo camino me mostraba. Una idealidad exaltada, enfermiza, arrojaba un fulgor sulfúreo sobre todas las cosas. Sus largos e improvisados cantos fúnebres resonarán eternamente en mis oídos. Entre otras cosas, conservo dolorosamente en la memoria una peculiar perversión y exceso del extraño aire del último vals de Von Weber. De las pinturas que nutría su laboriosa imaginación y cuya vaguedad crecía a cada pincelada, vaguedad que me causaba un estremecimiento tanto más penetrante, por cuanto que ignoraba su causa; de esas imágenes (tan vívidas que pareciera tenerlas ante mí) sería inútil mi intento de presentar algo más que la pequeña porción comprendida en los límites de las meras palabras escritas. Por su extrema simplicidad, por la desnudez de sus diseños, atraían la atención y la subyugaban. Si jamás un mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos, en las circunstancias que entonces me rodeaban, surgía de las puras abstracciones que el hipocondríaco lograba plasmar en la tela, una intensidad de intolerable espanto, cuya sombra nunca he sentido, ni siquiera en la contemplación de las fantasías de Fuseli, resplandecientes, por cierto, pero demasiado concretas.

Una de las fantasmagóricas concepciones de mi amigo, que no participaba con tanto rigor del espíritu de abstracción, puede

ser vagamente esbozada, aunque de una manera indecisa, débil, en palabras. El pequeño cuadro representaba el interior de una bóveda o túnel demasiado extenso, rectangular, con paredes bajas, lisas, blancas, sin decoración ni adorno alguno. Ciertos elementos accesorios del diseño servían para dar la idea de que esa excavación se hallaba a mucha profundidad bajo la superficie de la tierra. No se observaba ninguna salida en toda la vasta extensión, ni se distinguía una antorcha o cualquier otra fuente artificial de luz; sin embargo, flotaba por todo el espacio una ola de intensos rayos que bañaban el conjunto con un fulgor inadecuado y espectral.

He hablado ya de ese estado mórbido del nervio auditivo que hacía intolerable al paciente toda música, con excepción del sonido de ciertos instrumentos de cuerda. Quizá los estrechos límites en los cuales se había confinado con la guitarra fueron los que originaron, en gran medida, el carácter fantástico de sus obras. Pero no es posible explicar de la misma manera la fogosa facilidad de sus *impromptus*, que son piezas musicales, principalmente para piano. Debían de ser —y lo eran, tanto las notas como las palabras de sus extrañas fantasías (pues no pocas veces se acompañaba con improvisaciones verbales rimadas)—, debían de ser los resultados de ese intenso recogimiento y concentración mental a los cuales he aludido antes y que sólo salían a relucir en ciertos momentos de la más alta excitación mental. Recuerdo fácilmente las palabras de una de esas rapsodias. Quizá fue la que me impresionó con más fuerza cuando la dijo, porque en la corriente interna o mística de su sentido creí percibir, y por primera vez, una conciencia plena por parte de Usher de que su elevada razón vacilaba sobre su trono. Los versos, que él tituló *El palacio encantado*, decían más o menos así:

En el más verde de los valles
que habitan ángeles
benéficos, se erguía un palacio
lleno de majestad y hermosura.
¡El dominio del rey
Pensamiento allí se alzaba!
Y nunca un serafín batió sus alas
sobre cosa tan bella.
Amarillos pendones, sobre el techo

flotaban, áureos y gloriosos
(todo eso fue hace mucho,
en los más viejos tiempos);
y con la brisa que jugaba
en tan gozosos días,
por las almenas se expandía
una fragancia alada.
Y los que erraban en el valle,
por dos ventanas luminosas
a los espíritus veían
danzar al ritmo de laúdes,
en torno al trono donde
(¡porfirogéneto!)
envuelto en merecida
pompa, se sentaba el señor
del reino.
Y de rubíes y de perlas
era la puerta del palacio,
de donde como un río fluían,
fluían centelleando,
los Ecos, cuya gentil tarea era
la de cantar con altas
voces el genio y el ingenio
de su rey soberano.
Mas criaturas malignas invadieron,
vestidas de tristeza, aquel dominio.
(¡Ah, duelo y luto! ¡Nunca más
nacerá otra alborada!)
Y en torno del palacio, la hermosura
que antaño florecía entre rubores,
es sólo una olvidada historia
sepulta en viejos tiempos.
Y los viajeros, desde el valle, por
las ventanas ahora rojas, ven
vastas formas que se mueven en
fantasmales discordancias,
mientras, cual espectral

torrente, por la pálida puerta
sale una horrenda multitud que ríe...
pues la sonrisa ha muerto.

Recuerdo bien que las sugestiones nacidas de esta balada desataron una corriente de pensamientos donde se manifestó una opinión de Usher que menciono, no por su novedad (pues otros hombres han pensado así), sino para explicar la obstinación con que la defendió. En líneas generales, afirmaba la sensibilidad de todos los vegetales. Pero en su desordenada fantasía la idea había asumido un carácter más audaz e invadía, bajo ciertas condiciones, el reino de lo inorgánico. Me faltan palabras para expresar el alcance o el vehemente abandono de su persuasión. La creencia, sin embargo, se vinculaba (como ya lo he insinuado) con las piedras grises de la casa de sus antepasados. Las condiciones de la sensibilidad habían sido satisfechas, imaginaba él, por el método de colocación de esas piedras, por el orden en que estaban situadas, así como por los numerosos hongos que las cubrían y los marchitos árboles que las rodeaban, pero, sobre todo, por la prolongación inalterada de este orden y su duplicación en las quietas aguas del estanque. Su evidencia —la evidencia de esa sensibilidad— podía comprobarse, dijo (y al oírlo me estremecí), en la gradual pero segura condensación de una atmósfera propia en torno a las aguas y a los muros. El resultado era discernible, añadió, en esa silenciosa, mas importuna y terrible influencia que durante siglos había modelado los destinos de la familia, haciendo de él eso que ahora estaba yo viendo, eso que él era. Tales opiniones no necesitan comentarios, por lo que no haré ninguno.

Nuestros libros —los libros que durante años constituyeran no pequeña parte de la existencia intelectual del enfermo— estaban, como puede suponerse, en armonía con este carácter espectral. Estudiábamos juntos obras tales como el *Vever et Chartreuse*, de Gresset, el *Belfegor*, de Maquiavelo; *Del Cielo y del Infierno*, de Swedenborg; el *Viaje subterráneo de Nicolás Klim*, de Holberg; la *Quiromancia*, de Robert Flud, Jean d'Indaginé y De la Chambre; el *Viaje a la distancia azul*, de Tieck; y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Nuestro libro favorito era un pequeño

volumen en octavo del *Directorium Inquisitorium*, del dominico Eymeric de Gironne, y había pasajes de Pomponius Mela sobre los viejos sátiros africanos y egibanos, con los cuales Usher soñaba horas enteras. Pero constituía su principal deleite la lectura cuidadosa de un rarísimo y curioso libro gótico en cuarto, el manual de una iglesia olvidada: las *Vigiliæ Mortuorum Chorum Eclesiæ Maguntiæ*.

No podía dejar de pensar en el extraño ritual de esa obra y en la probable influencia que ésta ejercía en el hipocondríaco, cuando una noche, tras informarme bruscamente de que Lady Madeline había fallecido, declaró su intención de preservar su cuerpo durante quince días (antes de su entierro) en una de las numerosas criptas de la casa. El motivo que alegaba para justificar esta singular conducta no me dejó en libertad de discutir. El hermano había llegado a esta decisión (así me dijo) considerando el carácter insólito de la enfermedad de la difunta, ciertas importunas y ansiosas averiguaciones por parte de sus médicos, y la remota y expuesta situación en la que se encontraba el cementerio familiar. No he de negar que, cuando evoqué el siniestro aspecto de la persona con quien me cruzara en la escalera el día de mi llegada a la casa, no tuve deseo de oponerme a lo que consideré una precaución inofensiva y de algún modo extraña.

A petición de Usher, lo ayudé personalmente en los preparativos de la sepultura temporal. Una vez colocado el cuerpo dentro del ataúd, los dos solos lo llevamos a su lugar de descanso. La cripta donde lo depositamos (que por tanto tiempo había permanecido cerrada a tal grado que las antorchas casi se apagaron en su atmósfera opresiva, dándonos poca oportunidad para examinarla) era pequeña, húmeda y desprovista de toda fuente de luz; estaba a gran profundidad, justo debajo de la parte de la casa que ocupaba mi dormitorio. Era evidente que en remotos tiempos feudales había sido usada como siniestra mazmorra, y en los últimos tiempos era el depósito de pólvora o alguna otra sustancia combustible, pues una parte del piso y todo el interior del largo pasillo abovedado que llevaba hasta allí estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta de hierro macizo tenía una protección semejante. Su inmenso peso, al moverse sobre las bisagras, producía un chirrido agudo, insólito.

Después de depositar la fúnebre carga sobre los caballetes, en aquella región de horror, movimos parcialmente hacia un lado la tapa todavía suelta del ataúd, y miramos la fría cara de su ocupante. Un sorprendente parecido entre ambos hermanos fue lo primero que atrajo mi atención, y Usher, adivinando quizá mis pensamientos, murmuró algunas palabras, por las cuales supe que la difunta y él eran mellizos, y que entre ambos habían existido siempre simpatías casi inexplicables. Nuestros ojos, sin embargo, no se detuvieron mucho en la muerta, porque no podíamos mirarla sin espanto. El mal que llevara a Lady Madeline a la tumba en la fuerza de la juventud había dejado, como es común en todas las enfermedades de naturaleza estrictamente cataléptica, la ironía de un débil rubor en el pecho y la cara, y esa sonrisa suspicaz, lánguida, que es tan terrible en la muerte. Regresamos la tapa a su sitio, la atornillamos y, una vez asegurada la puerta de hierro, emprendimos camino, con fatiga, hacia los aposentos apenas menos lúgubres de la parte superior de la casa.

Y entonces, transcurridos algunos días de amarga pena, sobrevino un cambio visible en las características del desorden mental de mi amigo. Sus maneras habituales habían desaparecido. Descuidaba u olvidaba sus ocupaciones comunes. Erraba de aposento en aposento con paso presuroso, desigual, sin rumbo. La palidez de su semblante había adquirido, si esto era posible, un tinte más espectral, pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. El tono a veces ronco de su voz ya no se oía, y una vacilación trémula como si fuera producto del terror, caracterizaba ahora su pronunciación. Por momentos llegué a pensar que algún secreto opresivo dominaba su mente agitada sin descanso, y que luchaba por conseguir valor suficiente para divulgarlo. Otras veces, en cambio, me veía obligado a reducirlo todo a las meras e inexplicables divagaciones de la locura, pues lo veía contemplar el vacío horas enteras, en actitud de profundísima atención, como si escuchara algún sonido imaginario. No es extraño que su estado me aterrara, que me corrompiera. Sentía que a mi alrededor, a pasos lentos pero seguros, se deslizaban las extrañas influencias de sus supersticiones fantásticas y contagiosas.

Al retirarme a mi dormitorio la noche del séptimo u octavo día después de que Lady Madeline fuera depositada en la cripta, y siendo ya muy tarde, experimenté de manera especial y con toda su fuerza esos sentimientos. El sueño no se acercaba a mi lecho y las horas pasaban y pasaban. Luché por racionalizar la nerviosidad que me dominaba. Traté de convencerme de que mucho, si no es que todo lo que sentía, era causado por la desconcertante influencia del lúgubre aspecto de la habitación, de los tapices oscuros y desgastados que, atormentados por el soplo de una tempestad incipiente, se balanceaban espasmódicos de aquí para allá sobre los muros y crujían desagradablemente alrededor de los adornos de la cama. Pero mis esfuerzos eran infructuosos. Un temblor incontenible fue invadiendo gradualmente mi cuerpo, y al fin se instaló sobre mi propio corazón un íncubo, el peso de una alarma por completo inmotivada. Lo sacudí, jadeando, luchando, me incorporé sobre las almohadas y, mientras miraba ansiosamente en la intensa oscuridad del aposento, presté atención —ignoro por qué, salvo que me impulsó una fuerza instintiva— a ciertos sonidos ahogados, indefinidos, que surgían en las pausas de la tormenta, a largos intervalos, no sé de dónde. Dominado por un intenso sentimiento de horror, inexplicable pero insoportable, me vestí aprisa (pues sabía que no iba a dormir más durante la noche) e intenté salir de la lamentable condición en que había caído, recorriendo rápidamente la habitación de un extremo al otro.

Había dado unas pocas vueltas, cuando un ligero paso en una escalera contigua atrajo mi atención. Reconocí entonces el paso de Usher. Un instante después llamó con un toque suave a la puerta y entró con una lámpara. Su semblante tenía, como era costumbre, una palidez cadavérica, pero además había en sus ojos una especie de loca hilaridad, una histeria evidentemente reprimida. Su aire me espantó, pero todo era preferible a la soledad que había soportado tanto tiempo, y hasta acogí su presencia con alivio.

—¿No lo has visto? —dijo bruscamente, después de echar una mirada a su alrededor, en silencio—. ¿No lo has visto? Pues aguarda, ya lo verás—y diciendo esto protegió cuidadosamente la lámpara, corrió a una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La ráfaga entró con una furia tan violenta que estuvo a punto de levantarnos del suelo. Era, en verdad, una noche tempestuosa, pero de una belleza severa, extrañamente singular en su terror y en su hermosura. Al parecer, un torbellino desplegaba su fuerza en nuestra vecindad, pues había frecuentes e impetuosos cambios en la dirección del viento; y la excesiva densidad de las nubes (tan bajas que casi oprimían las torres de la casa) no nos impedía advertir la velocidad con que acudían de todos los puntos, mezclándose unas con otras sin alejarse. Digo que aun su excesiva densidad no nos impedía advertirlo y, sin embargo, no nos llegaba ni un atisbo de la luna o de las estrellas, ni se veía el brillo de un relámpago. Pero las superficies inferiores de las grandes masas de agitado vapor, así como todos los objetos terrestres que nos rodeaban, resplandecían en la luz extranatural de una exhalación gaseosa, apenas luminosa y claramente visible, que se cernía sobre la mansión y la amortajaba.

—¡No debes mirar, no mirarás eso! —dije, estremeciéndome, mientras con suave violencia apartaba a Usher de la ventana para conducirlo a un asiento—. Estos espectáculos que te confunden son simples fenómenos eléctricos nada extraños, o quizá tengan su horrible origen en el miasma corrupto del estanque. Cerremos esta ventana; el aire está frío y es peligroso para tu salud. Aquí tienes una de tus novelas favoritas. Yo leeré y me escucharás, y así pasaremos juntos esta noche terrible.

El antiguo volumen que había tomado era *Mad Trist*, de sir Launcelot Canning; el cual había calificado como el favorito de Usher más por triste broma que en serio, pues poco había en su prolijidad tosca, sin imaginación, que pudiera interesar a la elevada e ideal espiritualidad de mi amigo. Pero era el único libro que tenía a la mano, y alimenté la vaga esperanza de que la excitación que en ese momento agitaba al hipocondríaco pudiera hallar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está llena de anomalías semejantes) aun en la exageración de la locura que yo iba a leerle. De haber juzgado la extraña y tensa vivacidad con que escuchaba o parecía escuchar las palabras de la historia, me habría felicitado por el éxito de mi idea.

Había llegado a esa parte bien conocida de la historia en que Ethelred, el héroe del *Trist*, después de sus vanos intentos de intro-

El príncipe feliz y otros cuentos

Óscar Wilde es un escritor fascinante, que posee el don de contar y de envolver al lector en sus atrayentes tramas verbales. Su capacidad de invención era prodigiosa, más especialmente en los cuentos, que siempre los concibió como un género con grandes posibilidades artísticas.

En este volumen se recogen varios de los cuentos de Wilde que han trascendido generaciones por su capacidad de conmover a los lectores, en ellos encontrarás valores como la generosidad, la solidaridad, el amor al prójimo y el valor de las personas más allá de las apariencias y el aspecto exterior.

MÉNDEZ CORTÉS MC EDITORES

www.mc-editores.com.mx

ISBN 978-607-8453-82-5

Letras clásicas

Óscar Wilde

El príncipe feliz

y otros cuentos

MÉNDEZ CORTÉS
MC
EDITORES

25

Óscar Wilde fue un escritor, poeta y dramaturgo británico. Nació en el año 1854 en Dublín, en una familia aristócrata y falleció en París en 1900.

A través de su obra, Wilde criticó a la aristocracia de su época, en ella denunciaba la hipocresía de la sociedad así como las grandes diferencias sociales.

Es considerado uno de los dramaturgos más destacados de Inglaterra en la época victoriana.

Índice

El príncipe feliz

El ruiseñor y la rosa

El gigante egoísta

El amigo fiel

El famoso cohete

I

El príncipe feliz

En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz. Estaba revestida de oro fino, tenía como ojos dos centelleantes zafiros y en el puño de su espada ardía un gran rubí rojo. Por todo esto, era una estatua muy admirada entre los habitantes.

—Es tan hermoso como una veleta —observó uno de los miembros del Concejo que deseaba granjearse una reputación de conocedor en el arte—. Aunque no es tan útil —añadió, temiendo que le tomaran por un hombre poco práctico.

Y realmente no lo era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre cariñosa a su hijo, que pedía la luna—. El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir algo a gritos.

—Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado mientras contemplaba la estatua maravillosa.

—Verdaderamente parece un ángel —decían los niños del orfanato al salir de la catedral, que iban vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿Cómo dicen eso —replicaba el profesor de Matemáticas— si no han visto uno nunca?

—¡Oh! Claro que los hemos visto, en sueños —respondieron los niños.

Y el profesor fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrinita sin descanso hacia la ciudad. Sus amigas habían partido seis semanas antes para Egipto, pero ella se quedó atrás. Estaba enamorada del más hermoso de los

juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo a una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal manera, que se detuvo para hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo el pajarillo, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco le hizo un profundo saludo. Entonces la golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata. Era su manera de cortejarlo. Y así transcurrió el verano.

—Es un enamoramiento ridículo —gorjeaban las otras golondrinas—. Ese junco es un pobretón y tiene realmente demasiada familia.

Y en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo. Una vez que se fueron sus amigas, la golondrinita se sintió muy sola y empezó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar —decía ella—. Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y era verdad, cada vez que soplaba la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

—Veo que es muy hogareño —murmuraba la golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.

—¿Quieres seguirme? —preguntó al final el pajarillo al junco. Pero el junco negó con la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la golondrina—. Me marcho a las pirámides de Egipto. ¡Adiós!

Y la golondrina se fue. Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde buscaré un abrigo? —se preguntó—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre una columna.

—Voy a cobijarme allí —gritó—. El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo tranquilamente, después de mirar a su alrededor. Y se dispuso a dormir.

Pero al colocar su cabeza bajo el ala, le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, ¡y sin embargo llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño. Al junco le gustaba la lluvia, pero era por puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo el pajarillo—. Voy a buscar una buena chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota, y al mirar hacia arriba la golondrina vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas que resbalaban por sus mejillas de oro. Su rostro era tan bello a la luz de la luna, que la golondrinita se sintió llena de piedad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloras de ese modo? Casi me has empapado toda.

—Cuando estaba vivo y tenía un corazón de hombre —contestó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo lo que me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz y, realmente, era yo feliz, si es que el placer es la felicidad. Así viví y así morí. Y ahora que estoy muerto me han elevado tanto que puedo ver todas las fealdades y las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más que llorar.

“¡Cómo! ¿No está hecho de oro de buena calidad?”, pensó la golondrina para sus adentros, pues estaba muy bien educada para hacer alguna observación sobre las personas en voz alta.

—Allí abajo —continuó la estatua con su voz baja y musical—, en una callejuela, hay una vivienda muy pobre. A través de una de sus ventanas que permanece siempre abierta puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de corte, la más bella de las damas de honor de la reina. En el rincón del cuarto, sobre una cama, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Pero su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, golondrinita, ¿no quieres llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del gran rey, quien se encuentra allí, dentro de una caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Alrededor del cuello porta una cadena de jade verde pálido y sus manos son como hojas secas.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

—No creo que me agraden los niños —contestó el pajarillo—. El último invierno, cuando vivía a orillas del río, los hijos del molinero, que eran muy maleducados, no paraban de tirarme piedras. Por supuesto no me alcanzaban, ya que nosotras las golondrinas volamos demasiado bien para eso y, además, yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; mas, a pesar de todo, era una falta de respeto.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la golondrinita se apenó.

—Hace mucho frío aquí —le dijo—; pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, golondrinita —respondió el Príncipe.

Entonces la golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y, llevándolo en el pico, voló encima de los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco. Sobrevoló el palacio real y la música de baile la atrajo. De pronto una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —le dijo el muchacho— y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Ojalá que mi vestido estuviera listo para el baile oficial —respondió ella. He mandado bordar en él unas pasionarias ¡pero son tan perezosas las costureras!

El ave voló sobre el río y vio los faroles colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el gueto y vio a los judíos viejos negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre. Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su cama y su madre se había quedado dormida de cansancio.

La golondrina entró a la habitación y puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor de la cama, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué brisa más dulce siento! —murmuró el niño—. Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la pequeña ave se dirigió a todo vuelo con el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —agregó ella—, pero ahora casi siento calor y, sin embargo, hace mucho frío.

La golondrina empezó a reflexionar sobre esto y pronto se durmió. Siempre que reflexionaba se quedaba dormida.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Qué fenómeno tan notable! —exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió una larga carta a un periódico local sobre aquel tema.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba plagada de palabras que no se podían comprender!...

"Esta noche parto para Egipto", se decía la golondrina. Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Más tarde, visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia. A donde quiera que iba los gorriones se decían unos a otros:

—¡Qué extranjera más distinguida!

Y esto la llenaba de gozo. Cuando salió la luna volvió rápidamente hacia donde se encontraba el Príncipe Feliz.

—¿Tienes algún encargo para Egipto? —le gritó—. Voy a emprender la marcha.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la pequeña ave—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el dios Memnón se alza sobre un gran trono de granito. Acecha a las estrellas durante la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego calla. A mediodía, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son de color verde aguamarina y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso que tiene a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizado y sus labios rojos como granos de granada. Sus ojos son grandes y soñadores. Se esfuerza en terminar una obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego en su aposento y el hambre le ha vencido.

—Me quedaré otra noche contigo —dijo la golondrina, que realmente tenía un buen corazón—. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos son lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos hace un millón de años de la India. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimento y combustible y podrá terminar su obra.

—Amado Príncipe —dijo el pajarillo—, no puedo hacer eso. Y se puso a llorar.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —dijo el Príncipe—. Haz lo que te pido.

Entonces la golondrina arrancó el ojo del Príncipe y voló hacia la buhardilla del estudiante. Era fácil entrar en ella porque había un agujero en el techo por el cual entró el ave como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida en las manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar la obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la golondrina voló hacia el puerto. Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

—¡A izar! —gritaban a cada caja que llegaba al puente.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y al anochecer, volvió con el Príncipe Feliz.

—He venido para decir adiós —le dijo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —exclamó el Príncipe—. ¿No te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó ella— y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto, en cambio, calienta el sol en las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejarte, pero no te olvidaré nunca y la próxima primavera te traeré de allá dos bellas piedras preciosas para sustituir las que regalaste. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazuela —contestó el Príncipe Feliz—, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, por lo que se han estropeado todas. Si no lleva algún dinero a casa, su padre le pegará y por eso está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche contigo —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancarte el ojo porque entonces te quedarás completamente ciego.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —dijo el Príncipe—. Haz lo que te pido.

La golondrina tomó la otra piedra y se echó a volar.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña, y corrió a su casa muy alegre.

Después la golondrina regresó a donde se encontraba el Príncipe.

—Ahora estás ciego. Por eso me quedaré contigo para siempre.

—No, golondrinita —dijo el pobre Príncipe—. Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré contigo para siempre —respondió ella.

Y se durmió entre los pies del Príncipe.

Al día siguiente se posó en el hombro del Príncipe y le contó lo que había visto en países extraños. Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la esfinge, que es tan vieja como el mundo y vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos, y con sus manos van contando las cuentas de unos rosarios de ámbar; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la que veinte sacerdotes alimentan con pastelitos de miel; y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y que están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida golondrinita —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y dime lo que veas.

La pequeña ave voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se regocijaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vio las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras. Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No pueden estar acostados aquí! —les gritó un guardia.

Y se alejaron bajo la lluvia.

En ese momento la golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al Príncipe lo que había visto.

—Mi cuerpo está recubierto de oro fino —dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja y dáselo a los pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja arrancó la golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz se quedó sin brillo ni belleza. Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres, y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces llegó la nieve, y después de la nieve, el hielo. Las calles parecían empedradas de plata de tanto que brillaban y relucían. Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: lo amaba demasiado para hacerlo. Picoteaba las migajas que caían a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba darse calor batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez más y posarse en el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, amado Príncipe! —murmuró—. Permite que te bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, golondrina —dijo el Príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero no beses mi mano, dame un beso en los labios porque te amo.

—No es a Egipto a donde voy a ir —dijo la golondrina—. Voy a ir a la morada de la muerte. La muerte es hermana del sueño, ¿verdad?

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante sonó un extraño crujido en el interior de la estatua, como si se hubiera roto algo. El corazón de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazuela con dos concejales de la ciudad. Al pasar junto al pedestal, levantó sus ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que siempre compartían la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos mismos la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado —dijo el alcalde—. En pocas palabras, parece un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero! —repitieron a coro los concejales.

—Y en sus pies hay un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Será necesario promulgar un decreto que prohíba a los pájaros morir aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota para aquella idea.

Entonces fue derribada la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Como ya no es bello, de nada sirve! —dijo el profesor de Estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al Concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podríamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —dijeron a coro los concejales.

Y acabaron peleando.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el oficial primero de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo a la basura.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en el que también yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas que encuentres en la ciudad —ordenó Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel se llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

II

El ruiseñor y la rosa

Ella dijo que bailaría conmigo si le llevaba una rosa roja —se lamentaba el joven estudiante—, pero no hay una sola rosa roja en todo mi jardín.

Desde su nido de la encina, lo oyó el ruiseñor, y entre las hojas miró asombrado.

—¡No hay ni una sola rosa roja en todo mi jardín! —gritaba el estudiante.

Y sus bellos ojos se llenaron de llanto.

—¡Ah, de qué cosa más insignificante depende la felicidad! He leído cuanto han escrito los sabios; poseo todos los secretos de la filosofía y, sin embargo, mi vida es tan desdichada por carecer de una rosa roja.

—He aquí, por fin, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Le he cantado todas las noches, aún sin conocerlo; todas las noches le cuento su historia a las estrellas, y ahora lo veo. Su cabellera es oscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea; pero la pasión lo ha puesto pálido como el marfil y el dolor ha sellado su frente.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —murmuraba el joven estudiante—, y mi amada asistirá. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos, reclinará su cabeza sobre mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me hará ningún caso. No se fijará en mí para nada y se destrozará mi corazón.

—He aquí el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí es pena para él. Realmente el amor es algo maravilloso, es más bello que las esmeraldas y más raro que los finos ópalos. Perlas y rubíes no pueden pagarlo

porque no se halla expuesto en el mercado. No se puede comprar al vendedor ni ponerlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su estrado —decía el joven estudiante—. Tocarán sus instrumentos de cuerda y mi adorada bailará a los sones del arpa y del violín. Bailará tan vaporosamente que su pie no tocará el suelo, y los cortesanos con sus alegres atavíos la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará, porque no tengo rosas rojas que darle.

Y dejándose caer en el césped, se cubría la cara con las manos y lloraba.

—¿Por qué llora? —preguntó la lagartija verde, corriendo cerca de él, con la cola levantada.

—Sí, ¿por qué? —decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso digo yo, ¿por qué? —murmuró una margarita a su vecina, con una vocecilla tenue.

—Llora por una rosa roja —explicó el ruiseñor.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué tontería! —contestaron al unísono las margaritas.

Y la lagartija, que era algo cínica, se echo a reír con todas sus ganas.

Sólo el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció en silencio posado en la encina, reflexionando sobre el misterio del amor.

De pronto desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el bosque como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín.

En el centro del prado se levantaba un hermoso rosal, y al verlo, voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja —le gritó —, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal negó con la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve de la montaña. Ve en busca de mi hermano que crece alrededor del viejo reloj de sol y quizá él te dé lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía entorno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le dijo —, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas que el narciso que florece en los prados antes de que llegue el segador con la hoz. Ve en busca de mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y quizá él te pueda dar lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja, y te cantaré mis canciones más dulces —le gritó.

Pero el arbusto hizo un gesto de negación.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas, la escarcha ha marchitado mis botones, el huracán ha partido mis ramas, y no tendré más rosas este año.

—No necesito más que una rosa roja —gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

—Hay un medio —respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —contestó el ruiseñor—. No soy miedoso.

—Si necesitas una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que hacerla con notas de música al claro de luna y teñirla con sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja —replicó el ruiseñor—, y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque reverdeciente y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro

Las aventuras de Sherlock Holmes

Sherlock Holmes es un detective inglés de finales del siglo XIX que sobresale por su hábil uso de la observación, su inteligencia y el razonamiento deductivo para resolver los casos más difíciles. Creado en 1887 por el escritor escocés sir Arthur Conan Doyle, Holmes sigue siendo el detective de ficción más popular de la historia.

En este libro se presentan siete historias que combinan la intriga, el misterio y la sospecha con los escenarios londinenses, las pipas y las deducciones entre el audaz detective y su leal colaborador Watson. Adéntrate en la lectura de *Las aventuras de Sherlock* Holmes para que descubras el misterio que encierra la peculiar Liga de los Pelirrojos o resuelvas la misteriosa desaparición de una novia durante su plena boda. Al final, deducirás que todo es más elemental de lo que aparenta.

MÉNDEZ CORTÉS
MC EDITORES

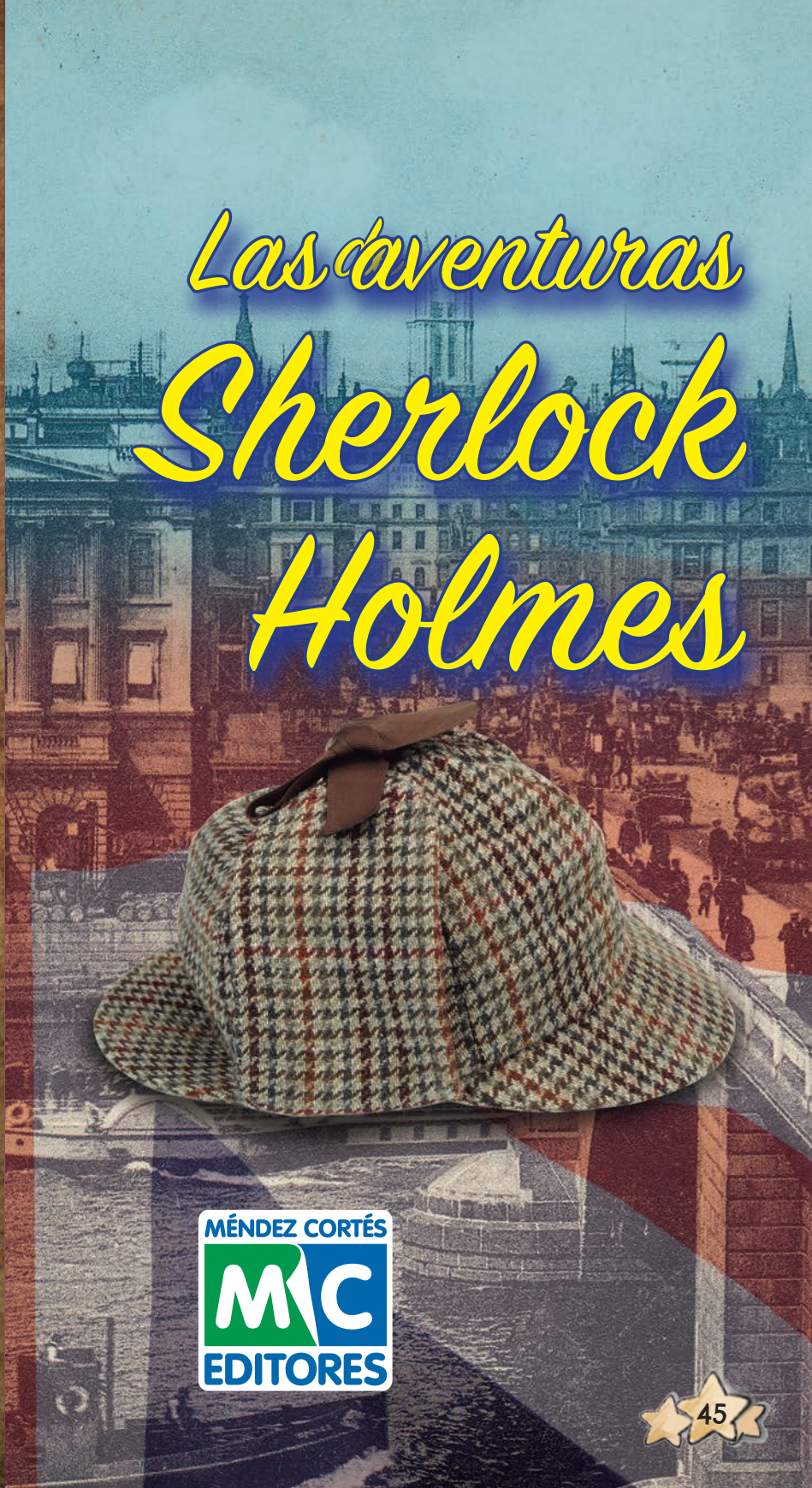
www.mc-editores.com.mx

ISBN 978-607-8453-81-8
9 786078 453818

Letras clásicas

Arthur Conan Doyle

Las aventuras Sherlock Holmes



MÉNDEZ CORTÉS
MC
EDITORES

45

Arthur Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo, Escocia.

Después de titularse como médico, el joven Arthur dividió su tiempo entre tratar de ser un buen médico y luchar por convertirse en un autor reconocido. En marzo de 1886, Conan Doyle comenzó a escribir la novela *Estudio en escarlata*, en donde se presenta por primera vez al inmortal Sherlock Holmes y al Dr. Watson.

La extensa producción literaria de Arthur Conan Doyle incluye casi 200 novelas y cuentos; entre las que destacan *El mundo perdido*, *El sabueso de los Baskerville* y *El valle del terror*, entre otras.

Arthur Conan Doyle murió el lunes 7 de julio de 1930, rodeado de su familia.

Índice

Escándalo en Bohemia

La Liga de los Pelirrojos

Un caso de identidad

El misterio de Boscombe Valley

El hombre del labio retorcido

El dedo pulgar del ingeniero

El aristócrata solterón

I

Escándalo en Bohemia

Para Sherlock Holmes, ella es siempre "la mujer". Rara vez le oí mencionarla de otro modo. A sus ojos, ella eclipsa y domina a todo su sexo. Y no es que sintiera por Irene Adler nada parecido al amor. Todas las emociones, y en especial ésa, resultaban abominables para su inteligencia fría y precisa pero admirablemente equilibrada. Siempre lo he tenido por la máquina de observar y razonar más perfecta que ha conocido el mundo; pero como amante no habría sabido qué hacer. Jamás hablaba de las pasiones más tiernas si no era con desprecio y sarcasmo. Eran cosas admirables para el observador, excelentes para levantar el velo que cubre los motivos y los actos de la gente. Pero para un razonador experto, admitir tales intrusiones en su delicado y bien ajustado temperamento equivalía a introducir un factor de distracción capaz de sembrar de dudas todos los resultados de su mente. Para un carácter como el suyo, una emoción fuerte resultaba tan perturbadora como la presencia de arena en un instrumento de precisión o la rotura de una de sus potentes lupas. Y, sin embargo, existió para él una mujer, y esta mujer fue la difunta Irene Adler, de dudoso y cuestionable recuerdo.

Últimamente había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había apartado al uno del otro. Mi completa felicidad y los intereses hogareños que se despiertan en el hombre que por primera vez pone casa propia bastaban para absorber toda mi atención. Mientras tanto, Holmes, que odiaba cualquier forma de vida social con toda la fuerza de su alma bohemia, permaneció en nuestros aposentos de Baker Street, sepultado entre sus viejos libros y alternando una semana de perdición con otra de ambición, entre la modorra de la resaca y la fiera energía de su intensa personalidad. Como siempre, le seguía atrayendo el estudio del crimen, y dedicaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de

observación a seguir pistas y aclarar misterios que la policía había abandonado por imposibles. De vez en cuando, me llegaba alguna vaga noticia de sus andanzas: su viaje a Odesa para intervenir en el caso del asesinato de Trepoff, el esclarecimiento de la extraña tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, por último, la misión que tan discreta y eficazmente había llevado a cabo para la familia real de Holanda. Sin embargo, aparte de estas señales de actividad, que yo me limitaba a compartir con todos los lectores de la prensa diaria, apenas sabía de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche —la del 20 de marzo de 1888— volvía yo de visitar a un paciente (pues de nuevo estaba ejerciendo la medicina), cuando el camino me llevó por Baker Street. Al pasar frente a la puerta que tan bien recordaba, y que siempre estará asociada en mi mente con mi noviazgo y con los siniestros incidentes del *Estudio en escarlata*, se apoderó de mí un fuerte deseo de volver a ver a Holmes y saber en qué empleaba sus extraordinarios poderes. Sus habitaciones estaban completamente iluminadas, y al mirar hacia arriba, vi pasar dos veces su figura alta y delgada, una oscura silueta en los visillos. Daba rápidas zancadas por la habitación, con aire ansioso, la cabeza hundida sobre el pecho y las manos juntas en la espalda. A mí, que conocía perfectamente sus hábitos y sus humores, su actitud y comportamiento me contaron toda una historia. Estaba trabajando otra vez. Había salido de los sueños inducidos por la droga y seguía de cerca el rastro de algún nuevo problema. Tiré de la campanilla y me condujeron a la habitación que, en parte, había sido mía.

No estuvo muy efusivo; rara vez lo estaba, pero creo que se alegró de verme. Sin apenas pronunciar palabra, pero con una mirada cariñosa, me indicó una butaca, me arrojó su caja de cigarros, y señaló una botella de licor y un sifón que había en la esquina. Luego se plantó delante del fuego y me miró de aquella manera suya tan ensimismada.

—El matrimonio le sienta bien —comentó—. Yo diría, Watson, que ha engordado usted siete libras y media desde la última vez que lo vi.

—Siete —respondí.

—La verdad, yo diría que algo más. Sólo un poquito más, me parece a mí, Watson. Y veo que está ejerciendo de nuevo. No comentó que se proponía volver a su profesión.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que hace poco sufrió usted un remojón y que tiene una sirvienta de lo más torpe y descuidada?

—Mi querido Holmes —dije—, esto es demasiado. No me cabe duda de que si hubiera vivido usted hace unos siglos lo habrían quemado en la hoguera. Es cierto que el jueves di un paseo por el campo y volví a casa hecho una sopa; pero dado que me he cambiado de ropa, no logro imaginarme cómo ha podido adivinarlo. Y respecto a Mary Jane, es incorregible y mi mujer la ha despedido; pero tampoco me explico cómo lo ha averiguado.

Se rió para sus adentros y se frotó las largas y nerviosas manos.

—Es lo más sencillo del mundo —dijo—. Mis ojos me dicen que en la parte interior de su zapato izquierdo, donde da la luz de la chimenea, la suela está rayada con seis marcas casi paralelas. Es evidente que las ha producido alguien que ha raspado sin ningún cuidado los bordes de la suela para desprender el barro adherido. De ahí mi doble deducción de que ha salido usted con mal tiempo y de que posee un ejemplar particularmente maligno y rompebotas de criada londinense. En cuanto a su actividad profesional, si un caballero penetra en mi habitación apestando a yodoformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el dedo índice derecho, y con un bulto en el costado de su sombrero de copa, que indica dónde lleva escondido el estetoscopio, tendría que ser completamente idiota para no identificarlo como un miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar reírme de la facilidad con la que había explicado su proceso de deducción.

—Cuando lo escucho explicar sus razonamientos —comenté—, todo me parece tan ridículamente simple que yo mismo podría haberlo hecho con facilidad. Y, sin embargo, siempre que lo veo razonar me quedo perplejo hasta que me explica usted el proceso. A pesar de que considero que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Desde luego —respondió, encendiendo un cigarrillo y dejándose caer en una butaca—. Usted ve, pero no observa. La diferencia es evidente. Por ejemplo, usted habrá visto muchas veces los escalones que llevan desde la entrada hasta esta habitación.

—Muchas veces.

—¿Cuántas veces?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Y cuántos escalones hay?

—¿Cuántos? No lo sé.

—¿Lo ve? No se ha fijado. Y eso que lo ha visto. A eso me refería. Ahora bien, yo sé que hay diecisiete escalones, porque no sólo he visto, sino que he observado. A propósito, puesto que está usted interesado en estos pequeños problemas, y dado que ha tenido la amabilidad de poner por escrito una o dos de mis insignificantes experiencias, quizá le interese esto. Me alargó una carta escrita en papel grueso de color rosa, que había estado abierta sobre la mesa.

—Esto llegó en el último reparto del correo —dijo—. Léala en voz alta.

La carta no llevaba fecha, firma, ni dirección. Y decía:

> Esta noche pasará a visitarlo, a las ocho menos cuarto, un caballero que desea consultarlo sobre un asunto de máxima importancia. Sus recientes servicios a una de las familias reales de Europa han demostrado que es usted una persona en quien se pueden confiar asuntos cuya trascendencia no es posible exagerar. Estas referencias de todas partes nos han llegado. Esté en su cuarto, pues, a la hora dicha y no se tome a ofensa que el visitante lleve una máscara.

—Esto sí que es un misterio —comenté—. ¿Qué cree que significa?

—Aún no dispongo de datos. Es un error muy grandre teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos. Pero en cuanto a la carta en sí, ¿qué deduce de ella? Examiné atentamente la escritura y el papel en el que estaba escrita.

—El hombre que la ha escrito es, probablemente, una persona acomodada —comenté, esforzándome por imitar los procedimientos de mi compañero—. Esta clase de papel no se compra por menos de media corona el paquete. Es especialmente fuerte y rígido.

—Especial, ésa es la palabra —dijo Holmes—. No es en absoluto un papel inglés. Mírelo a contraluz.

Así lo hice, y vi una *E* grande con una *g* pequeña, y una *P* y una *G* grandes con una *t* pequeña, marcadas en la textura del papel.

—¿Qué le dice esto? —preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o más bien, su monograma —respondí dubitativamente.

—En absoluto. La *G* grande con la *t* pequeña significan *Gesellschaft*, que en alemán quiere decir "compañía"; una contracción habitual, como cuando nosotros ponemos "Co.". La *P*, por supuesto, significa *papier*. Vamos ahora con lo de *Eg*. Echemos un vistazo a nuestra Geografía del Continente —sacó de una estantería un pesado volumen de color pardo—. Eglow, Eglonitz..., aquí está: Egria. Está en un país de habla alemana... en Bohemia, no muy lejos de Carlsbad. "Lugar conocido por haber sido escenario de la muerte de Wallenstein, y por sus numerosas fábricas de cristal y papel". ¡Ajá, muchacho! ¿Qué saca usted de esto?

Le brillaban los ojos y dejó escapar de su cigarro una nube triunfante de humo azul.

—El papel fue fabricado en Bohemia —dije yo.

—Exactamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. ¿Se ha fijado usted en la curiosa construcción de la frase "Estas referencias de todas partes nos han llegado"? Un francés o un ruso no habría escrito tal cosa. Sólo los alemanes son tan desconsiderados con los verbos. Por tanto, ahora sólo falta descubrir qué es lo que quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere ponerse una máscara a que se le vea la cara. Y aquí llega, si no me equivoco, para resolver todas nuestras dudas.

Mientras hablaba, se oyó claramente el sonido de cascos de caballos y de ruedas que rozaban contra el borde filo de la acera, seguido de un brusco tirar de la campana. Holmes soltó un silbido.

—Un gran señor, por lo que oigo —dijo—. Sí —continuó, asomándose a la ventana—, un precioso carruaje y un par de purasangres. Ciento cincuenta guineas cada uno. Si no hay otra cosa, al menos hay dinero en este caso, Watson.

—Creo que lo mejor será que me vaya, Holmes.

—Nada de eso, doctor. Quédese donde está. Estoy perdido sin mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena perdérselo.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Puedo necesitar su ayuda, y también puede necesitarla él. Aquí llega. Siéntese en esa butaca, doctor, y no se pierda ningún detalle.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían oído en la escalera y en el pasillo, se detuvieron justo al otro lado de la puerta. A continuación, sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre que no mediría menos de dos metros de altura, con el torso y los brazos de un Hércules. Su vestimenta era ostentosa, con un lujo que en Inglaterra se habría considerado de mal gusto. Gruesas tiras de astracán adornaban las mangas y el delantero de su casaca cruzada, y la capa de color azul oscuro que llevaba sobre los hombros tenía un forro de seda roja como el fuego y se sujetaba al cuello con un broche que consistía en un único y resplandeciente berilo.

Un par de botas que le llegaban hasta media pantorrilla, y con el borde superior orlado de lujosa piel de color pardo, completaba la impresión de bárbara opulencia que inspiraba toda su figura. Llevaba en la mano un sombrero de ala ancha, y la parte superior de su rostro, hasta más abajo de los pómulos, estaba cubierta por un antifaz negro, que al parecer acababa de ponerse, ya que aún se lo sujetaba con la mano en el momento de entrar. A juzgar por la parte inferior del rostro, parecía un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos, un poco caídos, y un mentón largo y recto, que indicaba un carácter resuelto, llevado hasta los límites de la obstinación.

—¿Recibió usted mi nota? —preguntó con voz grave y ronca y un fuerte acento alemán—. Le dije que vendría a verlo.

Nos miraba a uno y a otro, como si no estuviera seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, tome asiento —dijo Holmes—. Éste es mi amigo y colaborador, el doctor Watson, que de vez en cuando tiene la amabilidad de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Puede usted dirigirse a mí como conde Von Kramm, noble de Bohemia. He de suponer que este caballero, su amigo, es hombre de honor y discreción, en quien puedo confiar para un asunto de la máxima importancia. De no ser así, preferiría hablar con usted a solas.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me cogió por la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo.

—O los dos o ninguno —dijo—. Todo lo que desee decirme a mí puede decirlo delante de este caballero.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces debo comenzar —dijo— por pedirles que se comprometan a guardar el más absoluto secreto durante dos años, al cabo de los cuales el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento, no exagero al decirles que se trata de un asunto de tal peso que podría afectar a la historia de Europa.

—Se lo prometo —dijo Holmes.

—Y yo.

—Tendrán que perdonar esta máscara —continuó nuestro extraño visitante. La augusta persona a quien represento no desea que se conozca a su agente, y debo confesar desde este momento que el título que acabo de atribuirme no es exactamente el mío.

—Ya me había dado cuenta de ello —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas, y es preciso tomar toda clase de precauciones para sofocar lo que podría llegar a convertirse en un escándalo inmenso, que comprometiera gravemente a una de las familias reinantes de Europa. Hablando con claridad, el asunto concierne a la Gran Casa de Ormstein, reyes hereditarios de Bohemia.

—También me había dado cuenta de eso —dijo Holmes, acomodándose en su butaca y cerrando los ojos.

Nuestro visitante se quedó mirando con visible sorpresa la lánguida figura recostada del hombre que, sin duda, le había sido descrito como el razonador más incisivo y el agente más energético de Europa. Holmes abrió lentamente los ojos y miró con impaciencia a su gigantesco cliente.

—Si su majestad estuviera dispuesto a exponer su caso —dijo—, estaría en mejores condiciones de ayudarlo.

El hombre se puso en pie de un salto y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, presa de incontenible agitación. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara de la cara y la tiró al suelo.

—Tiene usted razón —exclamó—. Soy el rey. ¿Por qué habría de ocultarlo?

—¿Por qué, en efecto? —murmuró Holmes—. Antes de que su majestad pronunciara una palabra, yo ya sabía que me dirigía a Guillermo Gottsreich Segismundo von Ormstein, gran duque de Cassel-Falstein y rey hereditario de Bohemia.

—Pero usted comprenderá —dijo nuestro extraño visitante, sentándose de nuevo y pasándose la mano por la frente blanca y despejada—, que no estoy acostumbrado a realizar personalmente esta clase de gestiones. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiárselo a un agente sin ponerme en su poder. He venido en secreto desde Praga con el fin de consultarlo.

—Entonces, consúlteme, por favor —dijo Holmes cerrando una vez más los ojos.

—Los hechos, en pocas palabras, son éstos: hace unos cinco años, durante una prolongada estancia en Varsovia, trabé relación con la famosa aventurera Irene Adler. Sin duda, el nombre le resultará familiar.

—Haga el favor de buscarla en mi cuaderno, doctor —murmuró Holmes, sin abrir los ojos.

Durante muchos años había seguido el sistema de coleccionar extractos de noticias sobre toda clase de personas y cosas, de manera que era difícil nombrar un tema o una persona sobre los que no pudiera aportar información al instante. En este caso, encontré la biografía de la mujer entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de estado mayor que había escrito una monografía sobre los peces de las grandes profundidades.

—Veamos —dijo Holmes—. ¡Hum! Nacida en Nueva Jersey en 1858. Contralto... ¡Hum! La Scala... ¡Hum! *Prima donna* de la ópera Imperial de Varsovia... ¡Ya! Retirada de los escenarios... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según creo entender, su majestad tuvo un enredo con esta joven, le escribió algunas cartas comprometedoras y ahora desea recuperar dichas cartas.

—Exactamente. Pero ¿cómo...?

—¿Hubo un matrimonio secreto?

—No.

—¿Algún certificado o documento legal?

—Ninguno.

—Entonces no lo comprendo. Si esta joven sacara a relucir las cartas, con propósitos de chantaje o de cualquier otro tipo, ¿cómo iba a demostrar su autenticidad?

—Está mi letra.

—¡Bah! Falsificada.

—Mi papel de cartas personal.

—Robado.

—Mi propio sello.

—Imitado.

—Mi fotografía.

—Comprada.

—Estábamos los dos en la fotografía.

—¡Válgame Dios! Eso está muy mal. Verdaderamente, su majestad ha cometido una indiscreción.

—Estaba loco... trastornado.

—Se ha comprometido gravemente.

—Entonces era sólo príncipe heredero. Era joven. Ahora mismo sólo tengo treinta años.

—Hay que recuperarla.

—Lo hemos intentado en vano.

—Su majestad tendrá que pagar. Hay que comprarla.

—No quiere venderla.

—Entonces, robarla.

—Se ha intentado cinco veces. En dos ocasiones, ladrones pagados por mí registraron su casa. Una vez extraviamos su equipaje durante un viaje. Dos veces ha sido asaltada. Nunca hemos obtenido resultados.

—¿No se ha encontrado ni rastro de la foto?

—Absolutamente ninguno.

Holmes se echó a reír.

—Sí que es un bonito problema —dijo.

—Pero para mí es muy serio —replicó el rey en tono de reproche.

—Mucho, es verdad. ¿Y qué se propone ella hacer con la fotografía?

—Arruinar mi vida.

—Pero, ¿cómo?

—Estoy a punto de casarme.

—Eso he oído.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Quizá conozca usted los estrictos principios de su familia. Ella misma es el colmo de la delicadeza. Cualquier sombra de duda sobre mi conducta pondría fin al compromiso.

—¿Y qué dice Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un carácter de acero. Posee el rostro de la más bella de las mujeres y la mentalidad del más decidido de los hombres. No hay nada que no esté dispuesta a hacer con tal de evitar que yo me case con otra mujer... nada.

—¿Está seguro de que no la ha enviado aún?

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho que la enviará el día en que se haga público el compromiso.

Lo cual será el lunes próximo.

—Oh, entonces aún nos quedan tres días —dijo Holmes, bostezando—. Es una gran suerte, ya que por el momento tengo que ocuparme de uno o dos asuntos de gran importancia. Por supuesto, su majestad se quedará en Londres por ahora...

—Desde luego. Me encontrará usted en el Langham, bajo el nombre de conde Von Kramm.

—Entonces les mandaré unas líneas para ponerlo al corriente de nuestros progresos.

—Hágalo, por favor. Aguardaré con impaciencia.

—¿Y en cuanto al dinero?

—Tiene usted carta blanca.

—¿Absolutamente?

—Le digo que daría una de las provincias de mi reino por recuperar esa fotografía.

—¿Y para los gastos del momento?

El rey sacó de debajo de su capa una pesada bolsa de piel de gamuza y la depositó sobre la mesa.

—Aquí hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes de banco —dijo.

Holmes escribió un recibo en una hoja de su cuaderno de notas y se lo entregó.

—¿Y la dirección de la señorita? —preguntó.

—Residencia Briony, Serpentine Avenue, St. John's Wood.

Holmes tomó nota.

—Una pregunta más —añadió—. ¿La fotografía es de gran formato?

—Sí lo era.

—Entonces, buenas noches, majestad, espero que pronto podamos darle buenas noticias. Y buenas noches, Watson —añadió cuando se oyeron las ruedas del carricoche real rodando calle abajo—. Si tiene usted la amabilidad de pasar por aquí mañana a las tres de la tarde, me encantará charlar con usted de este asunto.

A las tres en punto del día siguiente yo estaba en Baker Street, pero Holmes aún no había regresado. La casera me dijo que había salido de casa poco después de las ocho de la mañana. A pesar de ello, me senté junto al fuego, con la intención de esperarlo, tardara lo que tardara.

Sentía ya un profundo interés por el caso, pues aunque no presentara ninguno de los aspectos extraños y macabros que caracterizaban a los dos crímenes que ya he relatado en otro lugar, la naturaleza del caso y la elevada posición del cliente le daban un carácter propio. La verdad es que, independientemente de la clase de investigación que mi amigo tuviera entre manos, había algo en su manera magistral de captar las situaciones y en sus agudos e incisivos razonamientos, que hacía que para mí fuera un placer estudiar su sistema de trabajo y seguir los métodos rápidos y sutiles con los que desentrañaba los misterios más enrevesados. Tan acostumbrado estaba yo a sus invariables éxitos que ni me pasaba por la cabeza la posibilidad de que fracasara.

Eran ya cerca de las cuatro cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un mozo con pinta de borracho, desaliñado y con patillas, con la cara enrojecida y vestido de manera impresentable. A pesar de lo acostumbrado que estaba a las asombrosas facultades de mi amigo en el uso de disfraces, tuve que mirarlo tres veces para convencerme de que, efectivamente, era él. Con un gesto de saludo desapareció en el dormitorio, de donde salió a los cinco minutos vestido con un traje de tweed y tan respetable como siempre. Se metió las manos en los bolsillos, estiró las piernas frente a la chimenea y se echó a reír a carcajadas durante un buen rato.

—¡Caramba, caramba! —exclamó, atragantándose y volviendo a reír hasta quedar flojo y sin fuerzas, tumbado sobre la silla.

—¿Qué pasa?

—Es demasiado gracioso. Estoy seguro de que jamás adivinaría usted en qué he empleado la mañana y lo que he acabado haciendo.

—No me lo imagino. Supongo que habrá estado observando los hábitos, y quizá la casa, de la señorita Irene Adler.

—Desde luego, pero lo raro fue lo que ocurrió a continuación. Voy a contárselo.

Salí de casa poco después de las ocho de la mañana, disfrazado de mozo de cuadra sin trabajo. Entre la gente que trabaja en las caballerizas hay mucha camaradería, una verdadera hermandad; si eres uno de ellos, pronto te enterarás de todo lo que desees saber. No tardé en encontrar la residencia Briony. Es una villa de lujo, con un jardín en la parte de atrás, pero que por delante llega justo hasta la carretera; es de dos pisos. Cerradura Chubbs en la puerta. Una gran sala de estar a la derecha, bien amueblada, con ventanales casi hasta el suelo y esos ridículos pestillos ingleses en las ventanas, que incluso un niño podría abrir. Más allá no había nada interesante, excepto que desde el tejado de la cochera se puede llegar a la ventana del pasillo. Di la vuelta a la casa y la examiné atentamente desde todos los puntos de vista, pero no vi nada relevante. Me dediqué entonces a rondar por la calle y, tal como había esperado, encontré unas caballerizas en un callejón pegado a una de las tapias del jardín. Eché una mano a los mozos que limpiaban los caballos y recibí a cambio dos peniques, un vaso de cerveza, dos cargas de tabaco para la pipa y toda la información que quise sobre la señorita Adler, por no mencionar a otra media docena de personas del vecindario que no me interesaban lo más mínimo, pero cuyas biografías no tuve más remedio que escuchar.

—¿Y qué hay de Irene Adler? —pregunté.

—Bueno, trae de cabeza a todos los hombres de la zona. Es la cosa más bonita que se ha visto bajo un sombrero en este planeta. Eso aseguran los trabajadores del Serpentine, hasta el último hombre. Lleva una vida tranquila, canta en conciertos, sale todos los días a las cinco y regresa a cenar a las siete en punto. Es raro que salga a otras horas, excepto cuando canta. Sólo tiene un visitante masculino, pero lo ve mucho. Es moreno, apuesto y elegante. Un tal Godfrey Norton, del Inner Temple. Ya ve las ventajas de tener por

confidente a un cochero. Le han llevado una docena de veces desde el Serpentine y lo saben todo acerca de él.

Después de escuchar todo lo que tenían que contarme, me puse otra vez a recorrer los alrededores de la residencia Briony, tramando mi plan de ataque. Evidentemente, este Godfrey Norton era un factor importante en el asunto. Es abogado; esto me sonó mal. ¿Qué relación había entre ellos y cuál era el motivo de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? Si fuera lo primero, probablemente habría puesto la fotografía bajo su custodia; en cambio, de ser lo segundo, no era tan probable que lo hubiera hecho. De esta cuestión dependía el que yo continuara mi trabajo en Briony o dirigiera mi atención a los aposentos del caballero en el Temple. Se trataba de un aspecto delicado, que ampliaba el campo de mis investigaciones. Temo aburrirlo con estos detalles, pero tengo que hacerlo partícipe de mis pequeñas dificultades para que pueda comprender la situación.

—Lo sigo atentamente —respondí.

—Estaba todavía dándole vueltas al asunto cuando llegó a Briony un coche muy elegante, del que se bajó un caballero. Se trataba de un hombre muy bien parecido, moreno, de nariz aguileña y con bigote. Evidentemente, el mismo hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucha prisa, le gritó al cochero que esperara y pasó como una exhalación junto a la doncella, que le abrió la puerta, con el aire de quien se encuentra en su propia casa. Permaneció en la casa una media hora, y pude verlo un par de veces a través de las ventanas de la sala de estar, andando de un lado a otro, hablando con agitación y moviendo mucho los brazos. A ella no la vi. Por fin, el hombre salió, más excitado aun que cuando entró. Al subir al coche, sacó del bolsillo un reloj de oro y lo miró con preocupación.

—¡Corra como un diablo! —ordenó—. Primero a Gross & Hankey, en Regent Street, y luego a la iglesia de Santa Mónica, en Edgware Road. ¡Media guinea si lo hace en veinte minutos!

Allá se fueron, y yo me preguntaba si no convendría seguirlos, cuando por el callejón apareció un pequeño y bonito landó, cuyo cochero llevaba la levita a medio abrochar, la corbata debajo de la oreja y todas las correas del aparejo salidas de las hebillas. Todavía no se había parado cuando ella salió disparada por la puerta y se

metió en el coche. Sólo pude echarle un vistazo, pero se trata de una mujer hermosa, con una cara por la que un hombre moriría.

—A la iglesia de Santa Mónica, John —ordenó—. Y medio soberano si llegas en veinte minutos.

Aquello era demasiado bueno para perdérselo, Watson. Estaba dudando si hacer el camino corriendo o agarrarme a la parte trasera del landó, cuando apareció un coche por la calle. El cochero no parecía muy interesado en un pasajero tan andrajoso, pero yo me metí dentro antes de que pudiera poner objeciones.

A la iglesia de Santa Mónica —dije—, y medio soberano si llega en veinte minutos.

Eran veinticinco para las doce y, desde luego, estaba clarísimo lo que se estaba cociendo. Mi cochero se dio bastante prisa. No creo haber ido tan rápido en la vida, pero los otros habían llegado antes. El coche y el landó, con los caballos sudorosos, se encontraban ya delante de la puerta cuando nosotros llegamos. Pagué al cochero y me metí corriendo a la iglesia. No había ni un alma, con excepción de las dos personas que yo había seguido y de un clérigo con sobrepelliz que parecía estar amonestándolos. Los tres se encontraban de pie, formando un grupito delante del altar. Avancé despacio por el pasillo lateral, como cualquier persona que no tiene nada que hacer y entra en una iglesia. De pronto, para mi sorpresa, los tres del altar se volvieron a mirarme y Godfrey Norton vino corriendo hacia mí tan rápido como pudo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Usted servirá! ¡Venga, venga!

—¿Qué pasa? —pregunté yo.

—¡Vamos, hombre, venga, sólo tres minutos o no será legal!

Prácticamente me arrastraron al altar, y antes de darme cuenta de dónde estaba me encontré murmurando respuestas que alguien me susurraba al oído, dando fe de cosas de las que no sabía nada y, en general, ayudando al enlace matrimonial de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se hizo en un instante, y allí estaban el caballero dándome las gracias por un lado y la dama por el otro, mientras el clérigo me miraba resplandeciente por delante. Es la situación más ridícula en la que me he encontrado en la vida, y pensar en ello es lo que me hacía reír hace un momento. Parece que había alguna irregularidad en su licencia, que el cura se

negaba rotundamente a casarlos sin que hubiera algún testigo, y que mi feliz aparición libró al novio de tener que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me dio un soberano, y pienso llevarlo en la cadena del reloj como recuerdo de esta ocasión.

—Es un giro bastante inesperado de los acontecimientos —dije—. ¿Y qué pasó luego?

—Pues me di cuenta de que mis planes estaban a punto de venirse abajo. Daba la impresión de que la parejita podía retirarse inmediatamente, lo cual exigiría medidas instantáneas y enérgicas por mi parte. Sin embargo, en la puerta de la iglesia se separaron: él volvió al Temple y ella a su casa. "Saldré a pasear por el parque a las cinco, como de costumbre", dijo ella al despedirse. No pude oír más. Se marcharon en diferentes direcciones, y yo fui a ocuparme de unos asuntos propios.

—¿Que eran...?

—Un poco de carne fría y un vaso de cerveza —respondió, haciendo sonar la campanilla—. He estado demasiado ocupado para pensar en comer, y probablemente estaré aún más ocupado esta noche. Por cierto, doctor, voy a necesitar su cooperación.

—Estaré encantado.

—¿No le importa infringir la ley?

—Ni lo más mínimo.

—¿Y exponerse a ser detenido?

—No, si es por una buena causa.

—¡Oh, la causa es excelente!

—Entonces, soy su hombre.

—Estaba seguro de que podía contar con usted.

—Pero, ¿qué es lo que se propone?

—Cuando la señora Turner haya traído la bandeja se lo explicaré claramente. Veamos —dijo, mientras se lanzaba vorazmente sobre el sencillo almuerzo que nuestra casera había traído—. Tengo que explicárselo mientras como, porque no tenemos mucho tiempo. Ahora son casi las cinco. Dentro de dos horas tenemos que estar en el escenario de la acción. La señorita Irene, o mejor dicho, la señora, vuelve de su paseo a las siete. Tenemos que estar en villa Briony cuando llegue.

—Y entonces, ¿qué?

Viaje al centro de la Tierra

El profesor Lidenbrock ha encontrado un antiguo diario en donde se encontraba escondido un pergamino rúnico que explica cómo es posible viajar al centro de la Tierra. Es entonces que decide emprender una peligrosa y temeraria expedición para comprobar lo escrito en el manuscrito, quien junto con de su sobrino Axel y el guía Hans experimentarán la más emocionante aventura jamás realizada.

Publicada en 1864, Viaje al centro de la tierra es la segunda novela de aventuras publicada por el fértil autor, considerado para algunos como el mejor escritor de ciencia ficción de todos los tiempos.

Esperamos que disfruten de las aventuras de estos extravagantes viajeros, plasmadas en un clásico de la literatura universal.

MÉNDEZ CORTÉS MC EDITORES

www.mc-editores.com.mx

ISBN 978-607-8453-60-3

9 786078 453603

Letras clásicas

Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne

MÉNDEZ CORTÉS
MC
EDITORES

65

Julio Verne (Francia, 1828-1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo, considerado el precursor de las novelas modernas de ciencia ficción por sus fantásticos relatos.

Nació en una familia acaudalada y estudió leyes, según la tradición familiar. Una leyenda dice que escapó de su casa con apenas 11 años para trabajar en un barco y comprar un collar a su prima, pero su padre lo alcanzó y desde ahí comenzaría a escribir los relatos de aventuras.

En sus inicios escribió obras de teatro. En 1845 escribe *Un drama en México*, la cual sería una de sus primeras novelas cortas de aventuras.

Adelantado a su tiempo describió naves y artefactos que aún no se inventaban, como los submarinos y helicópteros.

Jules Verne

I

El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, regresó precipitadamente a su casa, situada en el número 19 de la König-strasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Marta, su excelente criada, se preocupó, creyendo que se había retrasado, pues apenas empezaba a cocer la comida en el hornillo.

Bueno —pensé para mí—, si mi tío viene con hambre, se va a enojar mucho, porque no conozco a otro hombre que tenga menos paciencia.

—¡Tan temprano y ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó la pobre Marta, llena de estupefacción, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Maria; pero tú no tienes la culpa de que la comida no esté lista todavía porque aún no son las dos. Acaba de dar la media en San Miguel.

—¿Y por qué ha regresado tan pronto el señor Lidenbrock?

—Él nos lo explicará, probablemente.

—¡Ahí viene! Yo me voy. Señor Axel, hágale entrar en razón.

Y Marta se marchó presurosa a la cocina, dejándome solo.

Pero, como mi carácter tímido no era el más adecuado para hacer entrar en razón a mi tío, iba a retirarme a mi dormitorio cuando lo escuché entrar. La escalera de madera crujió bajo el peso de sus pies. Atravesó el comedor con rapidez hasta llegar a su despacho. En un rincón arrojó el pesado bastón y dejó el sombrero encima de la mesa. Luego, en un tono imperioso, me dijo:

—¡Ven, Axel! —me ordenó.

No había tenido aún tiempo de moverme, cuando me gritó el profesor con acento descompuesto:

—Pero ¿qué haces que no estás aquí ya?

Y entré en su despacho. Otto Lidenbrock no es mala persona, lo confieso ingenuamente; pero, mientras no cambie su forma

de ser, lo cual creo improbable, morirá siendo el hombre más impaciente.

Es profesor del Johannaeum, donde imparte la materia de Mineralogía. Una o dos veces en clase enfurecía, y no porque le preocupara tener alumnos aplicados, ni que estuvieran atentos a sus explicaciones, mucho menos el éxito que pudieran tener después. Esos detalles le tenían sin cuidado. Enseñaba *subjetivamente*, según una expresión de la filosofía alemana; es decir, enseñaba para él, y no para los otros. Era un sabio egoísta; un pozo de ciencia cuya polea rechinaba cuando de él se quería sacar algo. Era, en una palabra, un avaro.

En Alemania hay algunos profesores como él. Mi tío no gozaba, por desgracia, de una gran facilidad de palabra, por lo menos cuando se expresaba en público, lo cual, en un orador, es considerado un defecto lamentable.

Durante sus explicaciones en el Johannaeum, hacía una pausa porque no podía pronunciar un vocablo o una de esas palabras que se resisten, se hinchan y acaban por ser expelidas entre groserías. Éste era el origen de su cólera.

Hay en Mineralogía muchas denominaciones, semigriegas y semilatinas difíciles de pronunciar; nombres rudos que desollarían los labios de un poeta. Pero cuando se trata de las cristalizaciones romboédricas, las resinas retinasfálticas, las selenitas, de tungstitas, de los molibdatos de plomo, de los tunsatatos de magnesio y de los titanatos de circonio, hasta la lengua más diestra puede equivocarse.

En la ciudad todos conocían el defecto de mi tío y muchos aprovechaban para burlarse de él. Esto le exasperaba en extremo, pero su furor era causa de que aumentaran las risas, lo cual es de muy mal gusto hasta en la misma Alemania.Y si bien es muy cierto que contaba siempre con gran número de oyentes en su aula, no lo es menos que la mayoría de ellos iban sólo a divertirse a costa del catedrático.

Como quiera que sea, no me cansaré de repetir que mi tío era un verdadero sabio. Aun cuando rompía muchas veces las muestras de minerales por tratarlos sin el debido cuidado, unía al genio del geólogo la perspicacia del mineralogista. Con el martillo, el punzón, la brújula, el soplete y el frasco de ácido nítrico en las manos,

no tenía rival. Por su modo de romperse, su aspecto y su dureza, por su fusibilidad y sonido, por su olor y su sabor, clasiticaba sin titubear un mineral cualquiera entre las seiscientas especies con que en la actualidad cuenta la ciencia.

Por eso el nombre de Otto Lidenbrock era bastante reconocido en los gimnasios y asociaciones nacionales. Humphry Davy, de Humboldt y los capitanes Franklin y Sabine no dejaban de visitarle cuando pasaban por Hamburgo. Becquerel, Ebejmen, Brewster, Dumas y Milne-Edwards solían consultarle las cuestiones más palpitantes de la química, ya que esta ciencia le era deudora de magníficos decubrimientos. En 1853, apareció en Leipzig su *Tratado do Cristalogiafía trascendental*, obra en folio, ilustrada con numerosos grabados, que no llegó, sin embargo, a cubrir los gastos de su impresión.

Además de lo dicho, mi tío conservaba el museo mineralógico del señor Struve, embajador de Rusia, preciosa colección que gozaba de merecida y justa fama en Europa.

Tal era el personaje que me llamaba con tanta impaciencia. Era un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un aspecto juvenil que le hacía aparentar diez años menos de los cincuenta que contaba. Sus grandes ojos giraban sin cesar detrás de sus amplias gafas; su larga y afilada nariz parecía una lámina de acero; a tal grado que quienes se burlaban de él decían que estaba imanada y que atraía las limaduras de hierro.

Mi tío caminaba calculando que sus pasos sean matemáticamente iguales y con los puños apretados, lo cual es señal de su impetuoso carácter. Con este detalle el lector podrá conocerlo lo suficiente como para no desear su compañía.Vivía en una modesta casita de König-strasse, hecha de madera y ladrillo, y que daba a uno de esos canales tortuosos que cruzan el barrio más antiguo de Hamburgo, el cual no llegó a alcanzar el incendio de 1842.

Es verdad que la casa estaba un poco inclinada; que tenía el techo caído como las gorras de los estudiantes de Tugendbund, y que la verticalidad de sus líneas no era lo más perfecta. Pero se mantenía firme gracias a un olmo vigoroso en el que se apoyaba la fachada y que, al cubrirse de hojas, llegada la primavera, desprendía un alegre verdor.

Mi tío, para ser profesor alemán, no dejaba de ser rico. La casa y cuanto se encontraba dentro, eran de su propiedad. Allí vivíamos su ahijada Graüben, una joven curlandesa de diez y siete años de edad, la criada Marta y yo, que, en mi doble calidad de huérfano y sobrino, le ayudaba a preparar sus experimentos.

Confieso que me dediqué con gran entusiasmo a las ciencias mineralógicas; por mis venas circulaba sangre de mineralogista y no me aburría jamás en compañía de mis valiosas piedras.

En resumen, vivía feliz en la casita de la König-strasse, a pesar del carácter impaciente de su propietario porque éste, independientemente de su forma de ser, me tenía gran afecto. Pero su gran impaciencia no le permitía aguardar, y trataba de caminar más aprisa que la misma naturaleza.

En abril, cuando plantaba en los potes de loza de su salón pies de reseda o de convólvulos, iba todas las mañanas a tirarles de las hojas para acelerar su crecimiento.

Con tan original personaje, no tenía más remedio que obedecer ciegamente, y por eso acudía presuroso a su despacho.

II

Contaba con todos los ejemplares del reino animal ordenados del modo más perfecto, y conforme a las tres clases de minerales: inflamables, metálicos y litoideos.

¡Cuán familiares me eran aquellas chucherías de la ciencia mineralógica! ¡Cuántas veces, en vez de irme a jugar con los muchachos de mi edad, me había entretenido en quitar el polvo a aquellos grafitos, y antracitas, y hullas, y lignitos y turbas! ¡Y los betunes, y resinas, y sales orgánicas que era preciso preservar del menor átomo de polvo!

¡Y aquellos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los ejemplares científicos! ¡Y todas aquellas piedras que hubiesen bastado para reconstruir la casa de la Königstrasse, hasta con una buena habitación extra en la que me habría yo instalado con toda comodidad!

Pero cuando entré en el despacho, no estaba pensando en nada de esto; mi tío solo absorbía mi mente por completo. Él estaba hundido en su gran sillón forrado de terciopelo de Utrecht, y tenía entre sus manos un libro que contemplaba con profunda admiracion.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —repetía sin cesar.

Estas exclamaciones me recordaron que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus momentos de ocio; si bien no había ningún libro que tuviese valor para él como no fuera inhallable o, al menos, ilegible.

—¿No ves? —me dijo—, ¿no ves? Es un inestimable tesoro que he hallado esta mañana registrando la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —exclamé yo, fingiendo emoción.

En efecto, ¿a qué se debía tanto entusiasmo por un viejo libro, cuyas tapas y lomo parecían forrados de sucio cordobán, y de cuyas amarillentas hojas pendía un descolorido registro?

—Vamos a ver —decía el profesor, preguntándose y respondiéndose a sí mismo—, ¿es un buen ejemplar? ¡Sí, magnífico! ¡Y qué encuader

nación! ¿Se abre con facilidad? ¡Sí, permanece abierto por cualquier página que se le deje! Pero, ¿se cierra bien? ¡Sí, porque las cubiertas y las hojas forman un todo bien unido sin separarse ni abrirse por ninguna parte! ¡Y este lomo que se mantiene ileso después de setecientos años de existencia! ¡Ah! ¡He aquí una encuadernación capaz de envanecer a Bozerian, a Closs y hasta al mismo Purgold.

Mientras decía esto, mi tío abría y cerraba el repugnante libro.

—¿Cuál es el título de ese maravilloso volumen? —le pregunté con un entusiasmo demasiado exagerado para que no fuese fingido.

—¡Esta obra —respondió mi tío animado— es el *Heimskringla*, de Snorri Sturluson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¿De veras? —pregunté yo, con un gran asombro—; ¿será, sin duda, alguna traducción alemana?

—¡Una traducción! —respondió el profesor indignado—. ¿Y qué habría de hacer yo con una traducción? ¡Para traducciones estamos! Es la obra original, en islandés, ese magnífico idioma, sencillo y rico a la vez, que autoriza las más variadas combinaciones gramaticales y numerosas modificaciones de palabras.

—Como el alemán —insinué yo con acierto.

—Sí —respondió mi tío, encogiéndose de hombros—; pero con la diferencia de que la lengua islandesa admite, como el griego, los tres géneros y declina los nombres propios como el latín.

—¡Ah! —exclamé yo simulando curiosidad—, ¿y es bella la impresión?

—¡Impresión! ¿Pero cómo se te ocurre hablar de impresión, desdichado Axel? ¡Bueno fuera! ¿Pero es que crees por ventura que se trata de un libro impreso? Se trata de un manuscrito, ignorante, ¡y de un manuscrito rúnico nada menos! —contestó molesto mi tío.

—¿Rúnico?

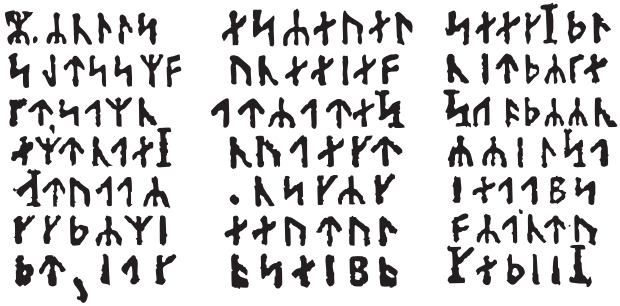
—¡Sí! ¿Vas a decirme ahora que te explique lo que es esto?

—No —repliqué, con el acento de un hombre ofendido en su amor propio.

Pero mi tío, haciendo caso omiso de mi respuesta, siguió hablando de cosas que no me interesaban lo más mínimo.

—Las runas eran unos caracteres de escritura usada en otro tiempo en Islandia, y, según la tradición, fueron inventados por el

mismo Odín. Pero ¿por qué no admiras estos caracteres salidos de la mente excelsa de un dios?



Sin saber qué responder, iba ya a arrodillarme, una respuesta que debe agradar a los dioses tanto como a los reyes, cuando un incidente imprevisto vino a dar a la conversación otro giro. De entre las hojas del libro cayó al suelo un pergamino grasiento.

Mi tío se apresuró a recogerlo con indecible avidez. Un antiguo documento, encerrado tal vez desde tiempo inmemorial dentro de un libro viejo, no podía menos que tener para él un elevadísimo valor.

—¿Qué es esto? —exclamó emocionado.

Y al mismo tiempo desplegaba cuidadosamcnte sobre la mesa un trozo de pergamino de unas cinco pulgadas de largo por tres de ancho, en el que había trazados, en líneas transversales, unos caracteres mágicos.

He aquí su facsímil exacto. Quiero dar a conocer al lector tan extravagantes signos, por haber sido ellos los que impulsaron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la expedición más extraña del siglo XIX:

El profesor examinó atentamente, durante algunos instantes, esta serie de garabatos, y al fin dijo, quitándose las gafas:

—Estos caracteres son rúnicos, no me cabe dudá alguna; son exactamente iguales a los del manuscrito de Snorri Sturluson. Pero... ¿qué significan?

Como las runas me parecían una invención de los sabios para embaucar a los ignorantes, no sentí que no lo entendiese mi tío. Así, al menos, me lo hizo suponer el temblor de sus dedos que comenzó a agitar de una manera convulsa.

—Sin embargo, es islandés antiguo —murmuraba entre dientes.

El profesor Lidenbrock tenía más razón que nadie para saberlo; pues, si bien no poseía correctamente las dos mil lenguas y los cuatro mil dialectos que se hablan en la superficie del globo, hablaba muchos de ellos y pasaba por ser un verdadero políglota.

Al dar con esta dificultad, iba a dejarse llevar de su carácter violento, y ya veía yo venir una escena desagradable, cuando dieron las dos en el reloj de la chimenea.

En aquel mismo momento, abrió Marta la puerta del despacho, y dijo:

—La sopa está servida.

—¡El diablo cargue con la sopa —exclamó furibundo mi tío—, y con la que la ha hecho y con los que se la coman!

Maria se marchó asustada; yo salí detrás de ella y, sin explicarme cómo, me encontré sentado a la mesa, en mi sitio de costumbre.

Esperé algunos instantes sin que el profesor viniera. Era la primera vez, que yo sepa, que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y qué comida, Dios mío! Sopas de perejil, tortilla de jamón con acederas y nuez moscada, solomillo de ternera con compota de ciruelas y, de postre, langostinos en dulce, y todo abundantemente regado con exquisito vino del Mosa.

He aquí la apetitosa comida que se perdió mi tío por un viejo papelucho. Yo, como buen sobrino, me creí en el deber de comer por los dos, y me atasqué de un modo asombroso.

—¡No he visto en los días de mi vida una cosa semejante! —decía la buena Marta, rnientras me servía la comida. ¡Es la primera vez que el señor Lidenbrock falta a la mesa!

—Es algo que no se puede creer, en efecto.

—Esto parece presagio de un grave acontecimiento —añadió la vieja criada, sacudiendo sentenciosamente la cabeza.

Pero, a mi modo de ver, aquello lo que presagiaba era un escándalo horrible que iba a promover mi tío tan pronto se percatase de que había devorado su ración.

Me estaba yo comiendo el último langostino, cuando una voz estentórea me hizo volver a la realidad de la vida, y, de un salto, volví al despacho.

III

Se trata sin duda alguna de un escrito numérico decía el profesor, frunciendo el entrecejo. Pero existe un secreto que tengo que descubrir, porque de lo contrario...

Un gesto de iracundia terminó su pensamiento.

—Siéntate ahí, y escribe —añadió indicándome la mesa con el puño. Obedecí.

—Ahora voy a dictarte las letras de nuestro alfabeto que corresponden a cada uno de estos caracteres islandeses. Veremos lo que resulta. ¡Pero, por los clavos de Cristo, procura no equivocarte!

Él empezó a dictarme y yo a escribir las letras, unas a continuación de las otras, formando todas juntas la incomprensible sucesión de palabras siguientes:

mm.rnlls	dt,iac	eeutul	ieaabs
sgtssmf	esreuel	oseibo	frantu
kt,samn	unteief	seecJde	kediiY
erntnael	atrateS	niedrke	
Atvaar	nuaect	Saodrrn	
Ccdrmi	.nxcrc	rrilSa	

Una vez terminado este trabajo me arrebató mi tío el papel que acababa de escribir, y lo examinó atentamente durante bastante tiempo.

—¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

No era yo ciertamente quien hubiera podido explicárselo, pero esta pregunta no iba dirigida a mí, y por eso prosiguió sin detenerse:

—Esto es lo que se llama un criptograma, en el cual el sentido se halla oculto bajo las letras, y que, combinadas de un modo conveniente, formarían una frase inteligible. ¡Y pensar que estos caracteres ocultan tal vez la explicación, o la indicación, cuando menos, de un gran descubrimiento!

Desde mi perspectiva, eso no ocultaba nada; pero no exteriorizé mi opinión.

El profesor tomó entonces el libro y el pergamino, y lo comparó uno con otro.

—Estos dos manuscritos no están realizados por la misma mano; el criptograma es posterior al libro, tengo la evidencia de ello. En efecto, la primera letra es una doble M, que en vano buscaríamos en el libro de Sturluson porque no fue incorporada al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Por consiguiente, entre el documento y el libro median por la parte más corta dos siglos.

Esto me pareció muy lógico; no trataré de ocultarlo.

—Me inclino, pues, a pensar —prosiguió mi tío—, que alguno de los poseedores de este libro trazó los misteriosos caracteres. Pero ¿quién demonios sería, no habría escrito su nombre en algún sitio?

Mi tío se levantó las gafas, tomó un poderoso lente y a través de él miró con minuciosidad las primeras páginas del libro. Al dorso de la segunda, que hacía de contraportada, descubrió una especie de mancha, que parecía un borrón de tinta; pero, que examinada de cerca, dejaba entrever algunos caracteres borrosos. Mi tío comprendió que allí estaba la clave del secreto, y ayudado de su lente, trabajó con empeño hasta que logró distinguir los caracteres únicos que a continuación transcribo, los cuales leyó de corrido:

—¡Ame Saknussemm! —gritó en son de triunfo— ¡Es un nombre! ¡Un nombre islandés, por más señas! ¡El de un sabio del siglo XVI! ¡El de un alquimista célebre!

Miré a mi tío con cierta admiración.

—Estos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacán, Lulio, Paracelso, eran los verdaderos, los únicos sabios de su época. Hicieron descubrimientos realmente asombrosos. ¿Quién nos dice que este Saknussemm no ha ocultado bajo este ininteligible criptograma alguna sorprendente invención? Tengo la seguridad de que así es.

Y la viva imaginación del catedrático se exaltó ante esta idea.

—Sin duda —me atreví a responder—; pero ¿qué interés podía tener este sabio en ocultar de ese modo su maravilloso descubrimiento?

—¿Qué interés? ¿Lo sé yo acaso? ¿No hizo Galileo otro tanto cuando descubrió a Saturno? Mas no tardaremos en saberlo, pues no he de darme reposo, ni he de ingerir alimento, ni he de cerrar los párpados hasta que no descubra el secreto que encierra este documento.

"Dios nos asista" —pensé para mis adentros.

—Ni tú tampoco, Axel —añadió.

—Menos mal que he comido ración doble —pensé.

—Y además —prosiguió mi tío—, es preciso averiguar en qué lengua está escrito el jeroglífico. Esto no será difícil.

Al oír estas palabras, levanté vivamente la cabeza. Mi tío prosiguió su soliloquio.

—No hay nada más sencilio. Contiene este documento 132 letras, de las cuales, 53 son vocales, y 79, consonantes. Ahora bien, ésta es la proporción que, poco más o menos, se observa en las palabras de las lenguas meridionales, en tanto que los idiomas del norte son infinitamente más ricos en consonantes. Se trata, pues, de una lengua meridional.

La conclusión no podía ser más justa y atinada.

—Pero ¿cuál es esta lengua?

Aquí era donde yo esperaba ver vacilar a mi sabio, a pesar de reconocer que era un profundo analizador.

—Saknussemm era un hombre instruido —prosiguió—, y, al no escribir en su lengua nativa, es de suponer que eligiera preferentemente el idioma que estaba en boga entre los espíritus cultos del siglo XVI, es decir, el latín. Si me engaño, recurriré al español, al francés, al italiano, al griego o al hebreo. Pero los sabios del siglo escribían, por lo general, en latín. Puedo, pues, con fundamento, asegurar *a priori* que esto está escrito en latín.

Yo di un salto en la silla. Mis recuerdos de latinista se sublevaron contra la suposición de que aquella serie de palabras estrambóticas pudiesen pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

—Sí, latín —prosiguió mi tío—; pero un latín confuso.

Enhorabuena —pensé — si logras traducirlo, tu tío confirmará que eres muy listo.

—Examinémoslo bien —añadió, cogiendo nuevamente la hoja que yo había escrito—. He aquí una serie de ciento treinta y dos

letras que ante nuestros ojos se presentan en un aparente desorden. Hay palabras como la primera, *mm.rnlls*, que sólo se componen de consonantes; otras, por el contrario, en que abundan las vocales: la quinta, por ejemplo, *unteief* o la penúltima, *oseibo.* Me parece indudable que la frase primitiva fue escrita regularmente, y alterada después con arreglo a una ley que es preciso descubrir. El que poseyera la clave de este enigma lo leería de corrido. Mas, ¿cuál es esta clave, Axel, la de casualidad?

No contesté por una sencilla razón: mis ojos se hallaban fijos en un adorable retrato colgado de la pared: el retrato de Graüben. La pupila de mi tío se encontraba en Altona, en casa de un pariente suyo, y su ausencia me tenía muy triste. Ahora ya puedo confesarlo, la bella curlandesa y el sobrino del catedrático se amaban con toda la paciencia y toda la flema alemanas. Habíamos jurado casarnos sin que se enterase mi tío, demasiado inmerso en la ciencia geológica para comprender semejantes sentimientos. Era Graüben una encantadora muchacha, rubia, de ojos azules, de carácter algo grave y espíritu algo serio; mas no por eso me amaba menos. Por lo que a mí respecta, la adoraba, si es que este verbo existe en lengua tudesca. La imagen de mi linda curlandesa se transportó en un momento del mundo de las realidades a la región de los recuerdos y ensueños.

Volvía a ver a la fiel compañera de mis tareas y placeres; a la que todos los días me ayudaba a ordenar los pedruscos de mi tío, y los rotulaba conmigo. Graüben sabía mucho de la materia de mineralogía, y le gustaba profundizar en las más arduas cuestiones de la ciencia. ¡Cuán dulces horas habíamos pasado estudiando los dos juntos, y con cuánta frecuencia había envidiado la suerte de aquellos insensibles minerales que acariciaba ella con sus delicadas manos!

En las horas de descanso, salíamos los dos de paseo por las frondosas alamedas del Alster, y nos íbamos al antiguo molino alquitranado que tan buen efecto produce en la extremidad del lago. Caminábamos cogidos de la mano, refiriéndole yo historietas que provocaban su risa, y llegábamos de este modo hasta las orillas del Elba. Después de despedirnos de los cisnes que nadaban entre los grandes nenúfares blancos, volvíamos al desembarcadero.

Aquí había llegado en mis sueños, cuando mi tío, descargando sobre la mesa un terrible puñetazo, me regresó a la realidad a la realidad de una manera violenta.

—Veamos —dijo—: la primera idea que a cualquiera se ocurre para descifrar las letras de una frase, se me antoja que debe ser el escribir verticalmente las palabras.

—No está equivocado —pensé yo.

—Es preciso ver el efecto que se obtiene de este procedimiento. Axel, escribe en ese papel una frase cualquiera; pero, en vez de disponer las letras unas a continuación de otras, colócalas de arriba abajo, agrupadas de modo que formen cuatro o cinco columnas verticales.

Comprendí su intención y escribí inmediatamente:

T o b i a ü e
r e s G b a o
l i r e d , l m
a n

—Bien —dijo el profesor, sin leer lo que yo había escrito—; dispón ahora esas palabras en una línea horizontal. Obedecí y obtuve la frase siguiente:

Toblaü eresGb aolire d,lnian

—¡Perfectamente! —exclamó mi tío, arrebatándome el papel de las manos—; este escrito ya ha adquirido la fisonomía del viejo documento: las vocales se encuentran agrupadas, lo mismo que las consonantes, en el mayor desorden; también hay hasta una mayúscula y una coma en medio de las palabras, exactamente igual que en el pergamino de Saknussemm.

Debo de confesar que estas observaciones me parecieron en extremo ingeniosas.

—Ahora bien —prosiguió mi tío—, para leer la frase que acabas de escribir y que yo desconozco, me bastará tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, después la segunda, en seguida la tercera, y así sucesivamente.

Y mi tío, con gran sorpresa suya, y sobre todo mía, leyó:

Te adoro, bellísima Graiiben.

—¿Qué significa esto?—exclamó el profesor.

Sin darme cuenta de ello, había cometido la imperdonable torpeza de escribir una frase tan comprometedora.

—¡Conque amas a Graüben! ¿eh? —prosiguió mi tío con acento de verdadero tutor.

—Sí... No.. —balbucí desconcertado.

—¡De manera que amas a Graühen! —prosiguió maquinalmente—. Bueno, dejemos esto ahora y apliquemos mi procedimiento al documento en cuestión.

—Abismado nuevamente mi tío, olvidó de momento mis imprudentes palabras. Y digo imprudentes, porque la cabeza del sabio no podía comprender las cosas del corazón. Pero, afortunadamente, la cuestión del documento absorbió por completo su espíritu.

En el instante decisivo de realizar su experimentos, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaban chispas a través de sus gafas, y sus dedos temblaban al coger otra vez el viejo pergamino. Estaba emocionado de veras. Por último, tosió fuertemente, y con voz grave y solemne, nombrando una tras otra la primera letra de cada palabra, a continuación la segunda, y así todas las demás. Luego me dictó la siguiente serie:

mmessunkaSenrA.icefdoK.segnittamurtn ecertswrrette, rotaivxadua,ednecsedsadne IacartniiiluJsitatracSarbmutabiledmeili meretarcsilucoYsleffenSn

Confieso que, al terminar, me encontraba emocionado. Aquellas letras, pronunciadas una a una, no tenían ningún sentido, y esperé a que el profesor dejase escapar de sus labios alguna pomposa frase latina.

¡Quién lo hubiera dicho! Un violento puñetazo hizo vacilar la mesa; saltó la tinta y la pluma se me cayó de las manos.

—Esto no puede ser —exclamó frenético mi tío—; ¡esto no tiene sentido común!

Y, atravesando el despacho como un proyectil y bajando la escalera lo mismo que una avalancha se adentró en la König-strasse, y huyó a todo correr.

IV

¿Se ha marchado? —preguntó Marta, acudiendo presurosa al oír el ruido del portazo que hizo retemblar la casa.

—Sí —respondí—, se ha marchado.

—¿Y su comida?

—No comerá hoy en casa.

—¿Y su cena?

—No cenará tampoco.

—¿Qué me dice usted, señor Axel?

—No, María; ni él ni nosotros volveremos a comer. Mí tío Lidenbrock ha ordenado ponernos a dieta hasta que haya descifrado un antiguo pergamino, lleno de garrapatas, que, a mi modo de ver, es del todo indescifrable.

—¡Pobres de nosotros, entonces! ¡Vamos a perecer de inanición!

No me atreví a confesarle que, dada la testarudez de mi tío, esa era, en efecto, la suerte que a todos nos esperaba.

La crédula sirvienta, regresó a su cocina sollozando.

Cuando me quedé solo, se me ocurrió la idea de ir a contárselo todo a Graüben; mas, ¿cómo salir de casa? ¿Y si mi tío volvía y me llamaba, con objeto de reanudar aquel trabajo logogrífico capaz de volver loco al viejo Egipto? ¿Qué sucedería si yo no le contestaba?

Me pareció lo más prudente quedarme. Precisamente, daba la casualidad de que un mineralogista de Besanzón acababa de remitirnos una colección de geodas silíceas que era preciso clasificar. Puse manos a la obra, y escogí, rotulé y coloqué en su vitrina todas aquellas piedras huecas en cuyo interior se agitaban pequeños cristales.

Pero en lo que menos pensaba era en lo que estaba haciendo: el viejo documento no se apartaba de mi mente. La cabeza me daba vueltas y me sentía sobrecogido por una vaga inquietud. Presentía una inminente catástrofe.

Al cabo de una hora, las geodas estaban colocadas en su debido orden, y me dejé caer sobre la butaca de terciopelo de Utrecht,

con los brazos colgando y la cabeza apoyada en el respaldo. Encendí mi larga pipa de espuma, que representaba una náyade voluptuosamente recostada, y me entretuve después en observar cómo el humo iba ennegreciendo mi ninfa de un modo paulatino. De vez en cuando escuchaba para cerciorarme de si se oían pasos en la escalera, siempre con resultado negativo. ¿Dónde estaría mi tío? Me lo imaginaba corriendo bajo los frondosos árboles de la calzada de Altona, gesticulando, golpeando las tapias con su pesado bastón, pisoteando las hierbas, decapitando los cardos e interrumpiendo el reposo de las solitarias cigueñas.

¿Volvería victorioso o derrotado? ¿Triunfaría del secreto o sería éste más poderoso que él?

Y mientras me dirigía a mí mismo estas preguntas, cogí maquinalmente la hoja de papel en la cual se hallaba escrita la incomprensible serie de letras trazadas por mi mano, diciéndome varias veces:

—¿Qué significa esto?

Traté de agrupar las letras de manera que formasen palabras; pero fue en vano. Era inútil reunirlas de dos, de tres, de cinco o de seis, y de ninguna manera resultaban inteligibles. Sin embargo, noté que las letras decimocuarta, decimoquinta y decimosexta formaban la palabra inglesa *ice*, y las vigésimo cuarta, vigésimo quinta y vigésimo sexta la voz *sir*, perteneciente al mismo idioma. Por último, en el cuerpo del documento y en las líneas segunda y tercera, leí también las palabras latinas *rota*, *rnutabile*, *ira*, *nec* y *atra.*

¡Demonio! —pensé entonces—. Estas últimas palabras parecen dar la razón a mi tío acerca de la lengua en que está redactado el documento. Además, en la cuarta línea veo también la voz *luco* que quiere decir *bosque sagrado.* Sin embargo, en la tercera se lee la palabra *tabiled*, de estructura perfectamente hebrea, y en la última *mer*, *arc* y *mere*, que son netamente francesas.

¡Aquello era para volverse loco! ¡Cuatro idiomas diversos en una frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras *hielo, señor cólera, cruel, bosque sagrado, mudable, madre, arco* y *mar*? Sólo la primera y la última podían coordinarse fácilmente, pues nada tenía de extraño que en un documento redactado en Islandia se hablase de un mar de hielo. Pero esto no bastaba, ni con mucho, para comprender el criptograma.

Luchaba, pues, contra una dificultad insuperable; mi cerebro echaba fuego, mi vista se oscurecía de tanto mirar el papel; las ciento treinta y dos letras parecían revolotear en torno mío como esas lágrimas de plata que vemos moverse en el aire alrededor de nuestra cabeza cuando se nos agolpa la sangre.

Era víctima de una especie de alucinación. Me asfixiaba; sentía necesidad de aire puro. Instintivamente, me abaniqué con la hoja de papel, cuyo anverso y reverso se presentaban de este modo a mi vista.

Y tal fue mi sorpresa cuando, en una de estas rápidas vueltas, en el momento de quedar el reverso ante mis ojos, creí ver aparecer palabras perfectamente latinas, como *craterem* y *terrestre*, entre otras.

Súbitamente se aclaró mi espíritu: acababa de descubrir la clave del enigma. Para leer el documento no era ni siquiera preciso mirarlo a trasluz con hoja vuelta del revés. No. Podía leerse de corrido tal como me había sido dictado. Todas las ingeniosas suposiciones del profesor se realizaban. Había acertado la disposición de las letras y la lengua en que estaba redactado el documento. Poco había faltado para que mi tío pudiese leer de cabo a rabo aquella frase latina, y este poco me lo acababa de revelar a mí la casualidad.

No es difícil imaginar mi emoción. Mis ojos se turbaron y no podía servirme de ellos. Extendí la hoja de papel sobre la mesa y sólo me faltaba fijar la mirada en ella para poseer el secreto.

Por fin logré calmar mi agitación. Di dos vueltas alrededor de la estancia para apaciguar mis nervios, y me arrellané después en el amplio butacón.

"Leamos" me dije en seguida, después de haber hecho una buena provisión de aire en mis pulmones.

Me incliné sobre la mesa, puse un dedo sucesivamente sobre cada letra, y, sin titubear, sin detenerme un momento, pronuncié en alta voz la frase entera. ¡Qué inmensa estupefacción y terror se apoderaron de mí! Quedé al principio como herido por un rayo.

¡Lo que acababa de leer se había hecho realidad! Un hombre había tenido la suficiente audacia para penetrar...

—¡Ah! —exclamé dando un brinco—; no, no; ¡mi tío jamás lo sabrá! ¡No faltaría más sino que tuviese noticia de semejante viaje!